

CORRESPONDENCIA

CHILE

La Misión franciscana entre los araucanos

Desde Angol escribe el 11 de Marzo último el reverendo Padre Prefecto del colegio de Castro:

ANTES que vuestros lectores principien la lectura de la presente correspondencia, quiero manifestar el objeto de ella. En primer lugar, por la experiencia adquirida en largos años de trabajo, conozco que poco ó nada se saben por las personas ilustradas de nuestro país las costumbres araucanas, ni los históricos lugares en donde se libraron tantas batallas para daminar á los ínclitos defensores de las glorias militares de Cautopolicán, Lautaro y Tucapel. En segundo lugar, cumpla con un deber ineludible, dando á conocer los progresos que la Religión católica opera cada día, mediante la gracia de Dios, entre los araucanos. Uno y otro objeto procuraré cumplir como mejor pueda.

El operario evangélico se asemeja al soldado que va á emprender largo y penoso viaje. Para que no perezca en el camino ni sea sorprendido por el enemigo, prepara sus armas con mucha anticipación, se adiestra en el manejo de ellas, y reúne todo cuanto necesita para cumplir bien su cometido. De la misma manera se alista el soldado de Cristo. El sabe que si maneja diestramente las armas de la verdad y de la justicia, nada podrá impedir la marcha triunfal de la Religión, que, por ser divina, ningún obstáculo terreno será capaz de inutilizar los saludables efectos que produce en nuestros corazones.

Año V.—N.º 417

Desde los primeros albores de la conquista de Chile, la Orden Franciscana se hizo cargo de los intereses espirituales de los indios araucanos; celosos misioneros abandonaron el viejo mundo y vinieron á sentar sus reales en las solitarias selvas araucanas. Sin darse tiempo ni para dormir lo necesario, recorrían á pie los extensos valles y escabrosas montañas en busca de la oveja perdida, de un nuevo discípulo del Crucificado. No hay un solo lugar, por escondido que sea, donde no haya sentado su planta un hijo de Francisco de Asís. ¡Cuántos no cayeron en cumplimiento de su deber, sacrificados por la lanza araucana! ¡Cuántos no sufrieron

el martirio, derramando su sangre por confesar á Jesucristo y confirmar la santidad de la doctrina que predicaban!

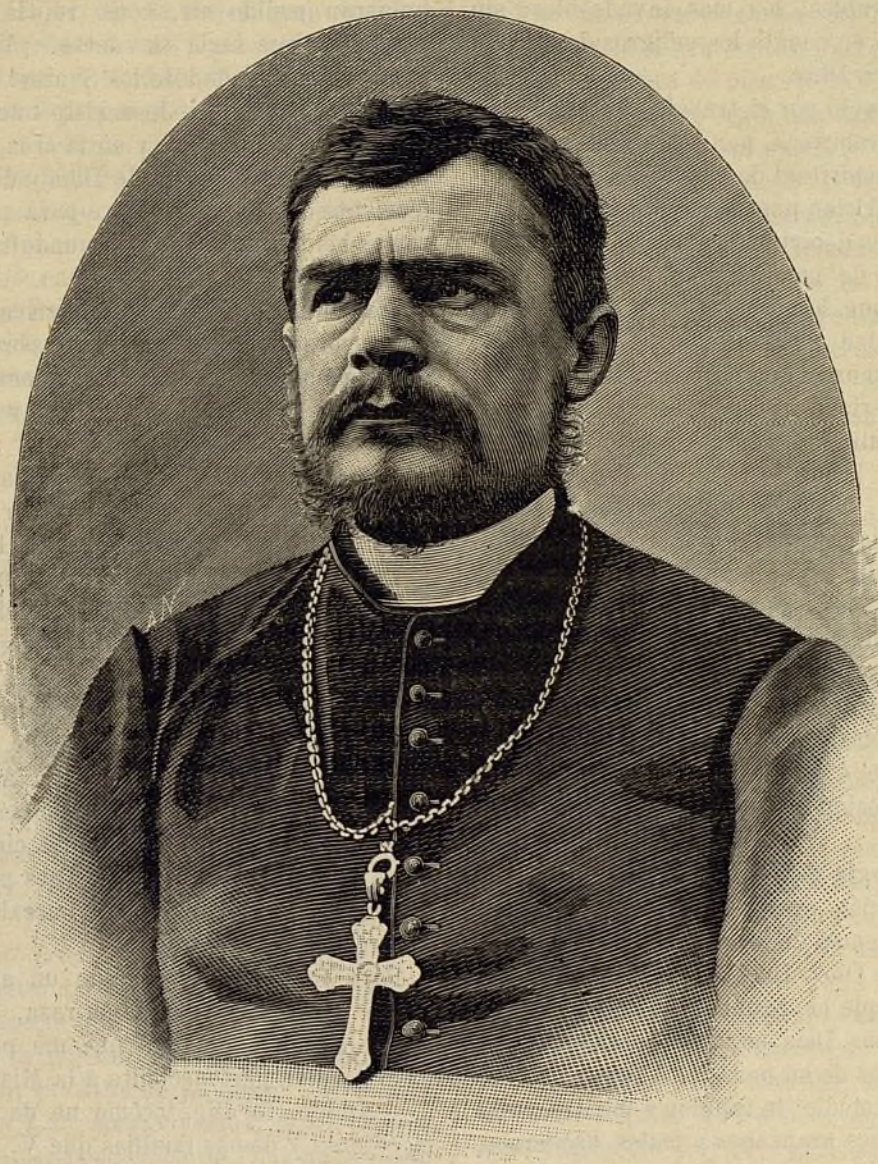
Hay glorias que no se eclipsan y victorias que no envejecen. Estas son las que hemos heredado, las que nos legaron nuestros antepasados en el ministerio apostólico.

Como hijos legítimos de tan preciadas conquistas, procuramos tener siempre encendido el fuego santo que animó el espíritu de un Antonio de San Miguel, primer obispo de la diócesis de Imperial, quien visitó toda su feligresía, compuesta en aquel tiempo sólo de araucanos, cuyo número se cree

pasaba de medio millón. Dicen los historiadores de su vida que sólo él bautizó más de cien mil indios. Hasta hoy día, por la tradición que conservan los ancianos, se guardan con cierto respeto los lugares en donde evangelizaba á los infieles este denodado discípulo del Serafin de Asís. En las cumbres de la montaña de Nahuelvuta (gran tigre), al lado Sur de la laguna de *Puyehue* (adentro de los canelos), se encuentren los despojos de una iglesia edificada por él, en la que pasaba continuamente á visitar á sus queridos indios.

Sin temor de equivocarnos, podemos asegurar que

4 Noviembre 1897



ILMO. VIDAL, marista, vicario apostólico de Fidji. (Pág. 489)

anualmente, aún cuando los indios estaban en guerra é insolentados por sus victorias, los misioneros recorrían la grey que Dios les había confiado. De otra manera no se comprende, cómo siendo tan pocos sacerdotes, atendían tan crecido número de fieles en este dilatado territorio.

Debe tomarse en cuenta la distancia que había entre los pueblos que fundó la dominación española en la antigua frontera araucana. Las Misiones de Angol, de Tucapel, de Imperial y Villarrica distan como treinta leguas una de otra. A esta distancia hay que agregar las imposibilidades que en ese tiempo se oponían al celo y al espíritu emprendedor de los misioneros; los caminos eran impenetrables; los ríos invadeables; sin embargo, no tomaban en cuenta los peligros de su vida para ganar almas para Dios.

Muchas veces, cansado por el trabajo, fastidiado por la indolencia de los araucanos, por la indiferencia con que miran la suerte espiritual de sus almas, he exclamado: ¡Cuánto no sufrirían nuestros antepasados!

En las instrucciones doctrinales que hago á los indígenas, no he dejado de inculparles el desprecio de la gracia de Dios, á la que han resistido durante tantos siglos con una tenacidad criminal.

No hay raza en el mundo que haya vivido más sorda é indiferente en materia de religión que la araucana. A ella nunca le han faltado sacerdotes, y sin embargo, todavía no quiere ver la luz de la fe, no abandona sus tradiciones gentílicas, sus inveteradas costumbres.

Si no fuera impropio, afirmaríá que el espíritu satánico había contaminado hasta la medula de esta raza varonil, tan digna de mejor suerte.

Transformar un infiel araucano en ferviente católico, inclinarlo al cultivo de las virtudes cristianas, hacerle conocer la preferencia del reino celestial y la felicidad del alma que ama á Dios, no es obra de un día. Hay que formarlo de nuevo, é implorar día y noche la gracia de Dios para que el recién convertido no vuelva otra vez á la vida salvaje.

El araucano, por regla general, no opone gran resistencia á la predicación evangélica; pero sí se opone tenazmente á la frecuencia de los Sacramentos, al cumplimiento de la ley de Dios. Inútil es, por lo tanto, lo primero, si no se cumple lo segundo. No se puede servir á Dios y al mundo. Dios no quiere compartir su gloria con los enemigos de su nombre; ó somos de Dios ó de Satanás. No hay medio: la religión á medias, como la quieren tener muchos araucanos y malos cristianos, condenada está por la fe, la razón y el buen sentido.

Los araucanos encuentran impracticable lo que enseña la Religión católica: sobre todo, no quieren abandonar la poligamia y otras costumbres groseras que por decencia no se pueden escribir. ¿Cómo, dicen, hemos de dejar lo que practicaron nuestros padres? Si abandonamos nuestras mujeres, se concluirá la gente, dicen muchos.

Entre las numerosas Reducciones de indios que he visitado durante cinco años que llevo de misionero, he encontrado muchos muy bien preparados y muy razonables en aceptar la creencia católica, la única que salva al mundo del naufragio universal en que nos sepultó el pecado. En medio de estas almas naturalmente cristia-

nas, se encuentran á cada paso, porque son los más, hombres y mujeres muy porfiados, podría decir enemigos del culto católico. Tal vez no se dan cuenta de la santidad del dogma y pureza de nuestra moral; mas, por esto no se disminuirá la cuenta que tendrán que dar á Dios por haber resistido al Espíritu Santo, que los ha llamado al redil de Jesucristo á formar parte entre los escogidos y herederos del reino celestial.

En más de una ocasión, recogido interiormente, impulsado por el ardiente deseo de ver al araucano civilizado y cristiano, y sin darme cuenta de la fragilidad humana y de la tiranía de nuestras pasiones, he dicho: ¡Oh desgraciada raza! ¡oh si otras tribus americanas hubieran podido oír, como tú, la voz del sacerdote! ¡Cuán distinta sería su suerte! ¡Ya habrían formado parte de la sociedad de los Santos! Mas no ha tardado mi arrepentimiento. Jesucristo toleró á los pecadores, los llamó á penitencia, y en la cruz murió por ellos; y desde ella, abandonado de Dios y de los hombres, hizo ferviente oración á su Padre para que todos aprovecháramos los beneficios que al mundo trajo por su redención, pasión y muerte.

Siendo discípulos de una doctrina que no admite réplica, porque nace de la verdad por esencia, veo en el araucano al hombre rústico é ignorante, que tantos siglos vivió sumergido en el error, y que aún no ha llegado el tiempo previsto por Dios, así debemos suponerlo, en que esta raza pueda cantar el hosanna del triunfo de la verdad contra el error, de la virtud cristiana contra las supersticiones del Paganismo.

Cuando visitan nuestras casas misionales en busca de asilo ó de amparo por los atropellos de que son víctimas por la Autoridad civil ó por gente mal intencionada, tomamos pie para increparles su inconsecuencia en no querer aceptar las leyes del país, como también su pertinacia en no reconocer de lleno lo autoridad salvadora de la Religión católica. A fin de convencerlos les decimos que esas opresiones y vejámenes que experimentan es un castigo del cielo, que no cesará hasta que ellos sean hijos de Dios por la fe, esperanza y caridad, y por las virtudes morales que de ellas se desprenden.

Para conocer el temple de un araucano, su indiferencia por el bienestar de su raza, voy á referir, por vía de ejemplo, un caso que me pasó en casa de un gran cacique perteneciente á la Misión de Cholchol.

—Amigo, le dije, ¿cómo no da buen ejemplo á sus mocetones y demás familias que V. gobierna en su Reducción? *Cacique* quiere decir, proseguí, *padre* ó *cabeza* de muchas generaciones; y si la cabeza vive mal (vivía con cinco mujeres), ¿qué harán vuestros hijos y mocetones?

—La vida es corta, me contestó (tenía setenta y cinco años); mis hijos harán lo que vos enseñáis (1).

(1) Los indígenas nunca usan las palabras de usted ni señor. El tú y vos las usan con cualquiera clase de personas que traten. Esto prueba la altivez de la raza araucana. En ella no hay clases privilegiadas. La elección de cacique se hace siempre en el que ha desplegado más inteligencia en el manejo de las armas y más memoria en referir sus tradiciones. Tampoco han faltado ambiciosos y osados que han usurpado los legítimos derechos del cacicazgo.

La traición ha sido el arma poderosa y de dos filos, usada con gran éxito en las tribus araucanas; de aquí vino el espíritu bel-

Como este cacique aparentaba tener cierta educación social, no quise suspender *exabrupto* la conferencia que teníamos, y proseguí mi conversación de la manera siguiente:

—Amigo, ¿podría indicarme cuál de sus mujeres fué la primera que trajo á su *ruca*?

—Sí, me contestó; aquí la tienes. ¿No ves que ya no me sirve?... por eso busqué las demás.

La mujer primera, ruborizada y con todo respeto, me contó su historia: era de origen español, y se casó con él porque era cristiano; que muchos años fué sola en su casa, pero que los otros caciques vecinos lo habían pervertido.

—Sufro mucho, Padre, dijo la mujer; pero como tengo familia, no puedo dejar á este hombre; tenemos muchos bienes de fortuna, y, si lo abandono, desheredaría á mis hijos, que son legítimos y dueños de todo cuanto hemos adquirido.

Con esta confesión pública de esta pobre mujer desgraciada, volví á insistirle que fuera buen cristiano.

—Está bien, Padre, me dijo; haré lo que dices. Llevo á Angol á mi hijo, para que aprenda lo que yo no sé.

A mi vuelta traje á su hijo, quien en la escuela de San Buenaventura de Angol fué muy aplicado. Cuando volvió á su casa consiguió encarrilar á su padre. Hoy es ferviente cristiano.

BRASIL

Misión en el Alto Paraguay y en la meseta de los Parecis (conclusión).—Hacia el Norte.—Las fieras de las selvas brasileñas.—El jaguar.—En la cabaña del cacique supremo de los parecis.—Danza y música.

CONTINUAMOS nuestro viaje hacia el Norte: la comitiva tomaba diferentes aspectos; ora semejaba una larga cinta que serpenteaba la floresta; ora parecía una caravana en los inmensos prados. Un día que caminaba solo con el guía, me condujo éste á un sitio del bosque, y me mostró algunos huesos esparcidos y un cráneo de jaguar. Me contó todo un drama acaecido poco tiempo hace. El jaguar había sorprendido á dos pobres indios y mató á uno de ellos; pero llegando en aquel momento al sitio del suceso el padre del cacique actual, pudo dar muerte á la fiera.

A la salida de la floresta nos paramos junto á un arroyuelo para salar la carne de un buey. Entre tanto hice una excursión á un monte vecino. A mi regreso me extravié, y sólo por protección de Dios pude llegar á media tarde al campamento, habiendo tenido que hacer uso del cuchillo de monte para abrirme paso entre los jarales. Durante mi trayecto sentí el aullido amenazador de un jaguar que venía siguiendo mis pasos, y que llegó poco tiempo después que yo al campamento, de donde se retiró más que de prisa á los fuertes ladridos de nuestros perros.

El Brasil, suelo de rica vegetación, está infestado de fieras tanto como la India y las correspondientes

regiones africanas. Abundan mucho los felinos, y entre éstos el más peligroso es el jaguar, del cual existen cuatro ó cinco especies diferentes. El más grande, la onza pintada, es la más temida, porque está dotada de astucia, fuerza y agilidad. Cuando le acosa el hambre no cede en bravura y fiereza al tigre de Bengala. Es un verdadero azote para las bestias, y si alguna vez gusta la carne humana es peligrosísimo. Muchas veces ha sido visitado nuestro campamento por estos carnívoros, y seguramente hubieran hecho de las suyas si nuestros perros se lo hubieran permitido.

Con ellos tuve un encuentro que referiré más adelante.

Puestos de nuevo en marcha, llegamos á la caída de la tarde á la sierra de los Parecis, cuyo monte Tayri tiene una altura de más de 900 metros sobre el nivel del mar. Aquí nos cogió una tempestad tan espantosa como no la había visto nunca.

De Norte á Este soplaban un viento tan fuerte que hacía que el agua nos azotara como si fuera granizo, y las caballerías no podían tenerse en pie. Más que borrasca parecía que las furias del averno se desencadenasen contra nosotros para impedirnos el paso. No obstante, estimulados por el frío intenso, coronamos la cumbre y empezamos el descenso por el Norte, mientras las aguas se precipitaban hacia el lejano río de las Amazonas, pasando primero por los torrentes Sumidouro, Arinos y Tapajoz.

Tres días después, caminando al Oeste, llegamos á la morada del cacique supremo de los parecis, Zozouariri, llamado Jianché. Nos acogió cariñosamente en su casa y nos obsequió con bijú. Es un hombre fuerte y robusto. Su mirada y su trato revelan un hombre reservado y astuto. Apenas conoció que yo era un sacerdote me trató con particular benevolencia. Hablaba el portugués bastante mal, y es el legítimo descendiente de Urare, padre de los parecis, razón por la que es considerado como el soberano absoluto de toda su raza, si bien un señor brasileño ha recibido del Gobierno el nombramiento de capitán de los parecis. El convoca á todos los demás caciques para celebrar las fiestas nacionales, especialmente con la danza religiosa á la que *no asisten las mujeres*. Esta danza es para sólo los hombres, y se celebra en una casa llamada *jararacaca*, situada frente á la habitación de los caciques. Encerradas las mujeres en las malocas, se reúnen los hombres en la *jararacaca*, y formando un círculo bailan y tocan unas trompetas muy bien adornadas y de diferentes tonos. La música es triste y melodiosa; por bajos tienen unos calabacines huecos que producen un sonido sordo y cavernoso. Acompañados por esta música bailan; el cacique tiene en la mano una clava (que ahora obra en mi poder), y acompaña la danza dando vueltas sobre sí mismo y manejando el arma.

El cacique tiene también otras ocupaciones más serias. Es tutor y protector de los huérfanos de la tribu. Hace justicia á su manera, y ejerce el cargo y dirección de la tribu. Conviene notar que este cacique no es reconocido y respetado sino sólo por los parecis propiamente dichos, ó lo que es lo mismo por los parecis pacíficos.

coso y la división que generalmente reinaba entre los toquis araucanos. Por una mujer ó por un asunto baladí, se declaraban la guerra, y no se concluía sino por el exterminio de una tribu ó por el aniquilamiento de los parientes del vencido.

Diversas tribus de los parecis—Perdido en medio de la floresta.—En presencia del jaguar.—Un eco traidor.—Un tiro á tiempo.

La gran nación de los parecis se divide en tres tribus: los parecis propiamente dichos, de quienes he tratado hasta ahora, los cabazaes y los cabexins. Los cabazaes son enemigos de los parecis, pero respetan á los extranjeros, si bien no se fían de ellos. Los cabexins, que habitan á la orilla del Iuruena, son feroces, guerreros implacables con sus hermanos los parecis, y muy peligrosos para los extranjeros. No se han de confundir, sin embargo, con los apiacás, tapanhunus y nhambiguaras, salvajes más feroces y antropófagos, según algunos autores.

Los pocos días que nos paramos en casa del cacique los aproveché para hablarle de Dios y de la Religión, y cambiar con él algunos objetos.

Hasta aquí he callado aventuras extrañas, porque no soy émulo de Robinsón Crusoe; pero ahora quiero narrar un hecho que revela la evidente protección del cielo, cuando con fe se le invoca.

Una mañana después de un ligero almuerzo, salí á pasear con el indio Zozoiaza, á fin de que éste me instruyera en la lengua y tradiciones del país. A la media hora de camino entramos en una floresta. Al llegar á cierto punto el indio, oyendo cantar á un pájaro, me dijo que lo esperara allí, que él iba á cazarlo. Aguardé más de una hora y el indio no volvía; me interné en el bosque para buscarle, le llamé, pero inútilmente. Entonces me acordé que había olvidado la brújula, y el sol no podía orientarme porque estaba el día nebuloso. Intenté volver atrás, pero no habiendo dejado señal alguna no me fué posible dar con el sendero. Caminé durante todo el día, y en vez de salir de la floresta topé con un torrente que con vertiginosa rapidez corría hacia el río San Antonio. No siéndome posible vadearlo, y cubriendo ya las primeras sombras de la noche la floresta, haciendo imposible y hasta muy peligroso volver atrás, pensé en el modo de pasar la noche, y al efecto busqué un pequeño prado de hierba seca; la floresta sombría me rodeaba por completo. Me puse con verdadero ardor á romper leña seca con las manos por no tener cuchillo, y mientras estaba ocupado en esto, sentí con espanto el rugido del jaguar á la otra orilla del torrente. Me di prisa á encender fuego, si bien éste no es siempre el medio más eficaz para ahuyentar á esta fiera, y una vez encendido, amontoné leña suficiente para toda la noche. Ante el peligro me olvidé del apetito, y sentado junto al fuego observé largo tiempo á mi redor, sin que nada de nuevo descubriera. Al fin, vencido por el cansancio de todo el día, quise inclinar la cabeza rendido por el sueño, pero oí un leve ruido, como si alguno se aproximase deslizándose ligeramente sobre la hierba seca. Movidó como por un resorte me puse en pie blandiendo un tizón; pero nada de nuevo pude ver; repitióse la misma escena por tres veces, pareciéndome que en la última un cuerpo extraño desaparecía al verme agitar el tizón y dar desaforados gritos: tenía un excelente fusil Winchester; pero en aquella obscuridad me era más peligroso que útil. Un momento después el jaguar aullaba á medio kilómetro de distancia. Sentí que me faltaban las fuerzas, y sin apenas

tiempo para encomendar mi alma á Dios, y resignado á la muerte, caí en un profundo letargo.

A eso de las dos de la madrugada me desperté sobresaltado, y me causó gran extrañeza hallarme en aquel sitio, donde tantos peligros me rodeaban, tanto más que el fuego se me había apagado completamente: el cielo sereno invitaba á la oración, y asegurado de la ausencia del jaguar al ver á algunos tapiros que juguetaban junto al río, me puse á meditar el camino que debía seguir, y después de haberlo pensado detenidamente, resolví dirigirme hacia el Oeste no bien amaneciera. Era ésta la verdadera dirección; pero desgraciadamente oí un disparo de fusil en dirección opuesta. ¡Jamás hubiera creído que el eco me traicionara tan cruelmente! Al despuntar la aurora me puse en camino hacia el Este, y estimulado del hambre me abría paso desgajando ramas y tronchando raíces. A las tres horas de camino me hallé en un lugar siniestro, y considerándome completamente perdido, caí de rodillas é invoqué á la Reina del cielo para que me librara de cualquier peligro. En cuanto pude darme cuenta de que había sido engañado por el eco, aunque débil volví atrás, y al atravesar el sitio donde había pasado la noche, descansé un poco, y encomendándome de nuevo á María Santísima, seguí mi fatigosa marcha resuelto á atravesar la floresta, pero se me agotaron las fuerzas, y caí en tierra desfallecido. Cuando pude me levanté, y disparé un tiro con la escopeta que llevaba conmigo; pero nadie contestó; al poco rato hice otro disparo, y más afortunado entonces me contestaron con otro, sucediéndose éstos hasta que una voz me llamó por mi nombre, y finalmente me uní á mis compañeros de viaje, que con el Sr. Roche venían buscando mis huesos, pues me daban ya por muerto. Apenas nos unimos monté á caballo, y tambaleándome sobre él llegué al campamento más muerto que vivo por el hambre y el cansancio.

En la ribera del río Verde.—Bautismo de la familia del guía Zozoiaza.—De vuelta á Cuyabá.—Llegada á Diamantino

Al día siguiente nos pusimos de nuevo en marcha, y acampamos en las riberas del río Verde para salar y preparar un poco de carne. El día de la Maternidad de María Santísima celebré la santa Misa con gran júbilo y reconocimiento á María Auxiliadora, que me había salvado de tantos peligros. Zozoiaza nos preparó abundante caza para la comida, y el conjunto resultó una hermosa fiesta.

Prosiguiendo nuestro viaje, en pocos días pasamos las fuentes del río Alegre, y llegamos casi junto á la confluencia de los ríos que reunidos forman el Xacuru-hina. Allí hallamos una tienda de indios cabazaes, con los cuales tratamos familiarmente, comprándoles mucha miel. Deteniéndonos en aquel lugar por algunos días, acabé de instruir á Zozoiaza y cumplí su vivísimo deseo, bautizando también á su familia, compuesta de la mujer y dos niños, Zezeiare de trece años, y Zahutehore de diez. Esta familia nos acompañó por bastante trecho, por lo que pude estudiar con algún detenimiento las costumbres de los parecis.

Aquí surgió un grave inconveniente; nuestro guía Zozoiaza nos quería conducir hacia el Norte, en cuya dirección se divisaba el humo de las florestas incendia-

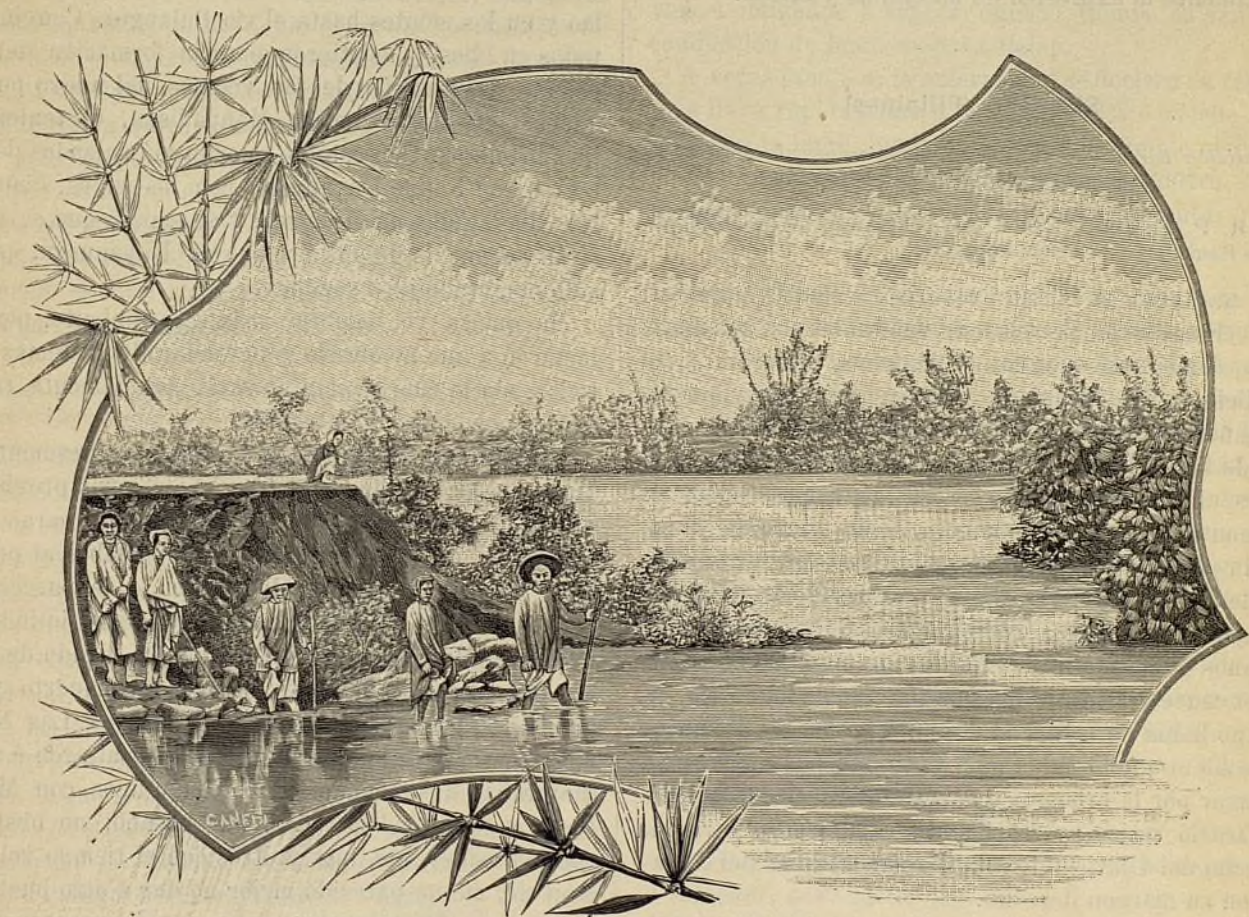
das por los salvajes, que tal vez habían advertido nuestra presencia; el administrador de la expedición, por el contrario, se empeñaba en dirigirnos hacia el Oeste en busca de goma elástica; esta contrariedad disgustó á Zozoiaza, que se retiró á su casa con su familia.

Debido á esto, acampamos á la orilla de un río ca-torze días, de los cuales yo pasé ocho con fuertes calenturas. Pasado este río nos encontramos otro mucho mayor, que corría hacia el Norte, junto al cual nos paramos otros quince días para preparar la travesía de la floresta.

Cuatro meses hacía ya que viajábamos; por lo que, después de hacer algunas excursiones hacia el Oeste, y no divisándose en diez leguas á la redonda más que

indios, no pude aceptar su generoso ofrecimiento, pero sí acepté con gusto su compañía hasta Cuyabá, para donde debían partir dentro de algunos días.

Después de varias jornadas á pie, porque nos quedamos sin caballerías, llegamos de nuevo á la casa del cacique. Este me envió aviso de que me esperaba para bautizar á su hijo, pero no le encontré, porque había ido con ocho hombres á cobrar algunos géneros á los cabazaes. Se le esperaba al día siguiente, y no vino; entre tanto reinaba en la maloca mucha animación y actividad para prepararme varios regalos de cestas, en cuyo trabajo los parecis son inimitables; otros se ocupaban en la caza, y las mujeres preparaban la chicha. El día del bautizo del niño debía ser una solemne fiesta; pero el enemigo del género humano, como en otras



COCHINCHINA.—Rocas á la entrada de la bahía de Nhatrang. (Pág. 490)

árido desierto, ni teniendo interés alguno en continuar en aquella dirección, tanto más que el administrador me disuadía de seguir adelante el viaje, diciéndome que él tenía obligación de avanzar todavía, pero que después de tres ó cuatro días daría por terminada la expedición, me volví hacia los confines del Xacurubina con la esperanza de poder hallar otra vez á los cabazaes, lo que no conseguí. Hice algunas excursiones parciales hacia el Norte, pero no pude continuar, porque con la humedad de la floresta me salieron sabañones insopribles.

Me alojé en la cabaña de algunos *seringueiros*, ó sea hombres dedicados á extraer la goma elástica, los cuales me ofrecieron su casa si quería vivir con ellos; pero por la falta de medios y lo difícil de emprender todavía con esperanzas de éxito la conversión de los

muchas ocasiones, también en ésta metió la pata. Se esperó al cacique cinco días, hasta que finalmente corrieron voces de que los cabazaes, por vengar ciertas injurias, lo habían matado lo mismo que á sus compañeros. Mis provisiones eran ya escasas; unas pocas habichuelas nos debían servir de alimento para ocho días que tardaríamos en llegar á Diamantino. Con el disgusto que se puede imaginar, emprendimos la marcha hacia el Oeste. ¡Sólo Dios sabe lo que sufrí! No pudiendo caminar con los zapatos, tuve que andar descalzo con los piés heridos, por aquella arena ardiente, y á grandes jornadas para no padecer hambre.

Como Dios quiso llegamos á Diamantino, habiendo terminado las provisiones el día antes. En esta ciudad, rica en otro tiempo por la abundancia de diamantes, fuí generosamente hospedado en casa del Sr. coronel

D. Francisco Ferreira Méndez, la persona más influyente del pueblo.

Habiendo descansado allí durante tres días, compré una mula y me puse en marcha para Cuyabá, distante unas cuarenta leguas. En seis días hice este camino, atravesando amenas y pintorescas regiones, montañas y llanuras regadas por muchos ríos; pero especialmente por el Alto Paraguay y el Cuyabá. Finalmente, con la ayuda de Dios llegué á nuestro colegio el día 23 de Diciembre á las altas horas de la noche, con sorpresa de todos que me creían muerto, por los rumores que sobre mi suerte habían corrido. Bien puedo decir sinceramente: *Misericordia Domini quia non sumus consumpti!*

Perdóneme, amado Padre, mi prolijidad, y acoja benignamente la expresión de mi estima y afecto.

SURIGAO (Filipinas)

Expedición por el río Agsabo, donde se señala el lugar de un nuevo pueblo y se nombran las justicias

El R. P. Francisco Nebot, de la Compañía de Jesús, escribe desde Remedios á su Padre Superior:

A MADÍSIMO en Cristo reverendo Padre Superior: Escribo la presente de vuelta del río Agsabo, á donde subí ayer con el fin de ver aquel río y las condiciones del lugar que elegían para hacer pueblo los infieles y remontados de aquellas alturas. Me alegro de haber ido, porque hubieran tenido pueblo para pocos años á establecerlo en el lugar que tenían ya desmontado, y en donde habían hecho pantalán y camarín para recibirme. Han venido conmigo el capitán de Remedios, Mamerto Gana, y el pasado de Milagros, Fausto Manpadisan: dijeron que se inundaba todos los años en las grandes avenidas; y examinando el antiguo cauce y la dirección que iba tomando el río, vi que no había de tardar el día en que fuese de nuevo su lecho el que lo había sido ya no muchos años atrás, á juzgar por la arboleda que acusa pocos de existencia.

Pareció mejor, y de buenas condiciones, otro á la derecha del Ujut, junto á la desembocadura del Agsabo, en su margen derecha.

Es terreno alto y firme, y sin señales de haberlo inundado el río. Aquí se convino levantar el pueblo en proyecto, para cuya aprobación escribo á V. R.

Más que una conquista, es una recuperación y reconquista de gente ya bautizada. De las familias infieles del Ujut y Agsabo que tenía en lista, he tenido noticia cierta que cinco se radican en Consuelo de la Misión de Talisayan; dos familias han quedado extinguidas, una por la viruela, otra por las armas: las restantes, poquísimas, se reducirán todas, y Mantudhayas, jefe de una de ellas, ha sido nombrado juez. Los más que han de formar el nuevo pueblo son remontados de Milagros. Habíanse reunido, ignoro por qué circunstancias, en aquel pueblo gentes de muy apartados lugares; y como es natural entre ellos, echaron de menos sus antiguos montes y sus antiguos ríos. Han sido inútiles los medios de persuasión para que volviesen al pueblo á prácticas cristianas; y como el misionero no podía menos de hacerles comprender que si continuaban en

su obstinación, serían declarados rebeldes y castigados como tales, se pusieron por una parte en actitud hostil contra Milagros, y por otra se valieron de intercesores para que el Padre les concediese formar pueblo independiente. El que más se ha interesado es el capitán de Las Nieves, Calisto Colisan, y recabó de mí les concediese treguas, es decir, que no les haría perseguir hasta que yo les viese, y oyese sus ruegos de hacer pueblo en Agsabo. Fué mi primer pensamiento negarme á toda avenencia, hasta que se sujetasen á su capitán de Milagros: vi, no obstante, que esto de grado no lo harían; que á la fuerza era difícilísimo y para mucho tiempo, y que lo más conveniente á Milagros era hacerseles amigos por medio de una transacción, ya que ponen en peligro su existencia los numerosos enemigos infieles replegados en los orígenes del Pusílao y en los montes hasta el río Pulangui. Convinieron todos en ellos, y asistieron para la formación del padrón ó designación de los vecinos del nuevo pueblo, además de dicho capitán Manpadisan, el teniente y juez primeros. Con esto no quedan más alzados de Milagros que Felipe Dayanusan con los suyos, distantes tres días arriba de Milagros; y se espera que se reducirán por medio de un hermano de Dayanusan, que ha sido nombrado juez segundo.

No quería yo nombrar más que teniente, pero me instaron á que nombrase gobernadorcillo y demás justicias, sin lo cual temían no sería debidamente respetada y obedecida la autoridad.

Me pidieron medio año de tiempo para desmontar el nuevo lugar, reunir la gente y hacer casas provisionales, y prometiles volver por Noviembre para hacer elecciones en debida forma y dar nombre al pueblo. Este lo dejo á la elección de V. R., si le parece bien la formación de tal pueblo. Había yo pensado indicarle que el de Misericordia del Bugabus ha dejado de existir, pues de sus habitantes los unos han muerto y todos los demás se han radicado en Amparo, Las Nieves ó Tortosa: hasta los enemigos que la asaltaron é incendiaron han abandonado el río, yendo unos con Manlabagat y reduciéndose otros en Agsabo; no obstante, como presumo que unos y otros con el tiempo volverán á su río, me ha parecido mejor no dar á otro pueblo el nombre de Misericordia, para que lo recupere, pero cuando de sus cenizas se levante el extinguido pueblo de Bugabus.

La confluencia del Agsabo con el Ujut, en donde se establece el pueblo, está en el mismo meridiano que el pueblo de Milagros y atravesando el monte, á sólo una legua de buen andar, mientras que por el río apenas se puede ir en un día.

Salimos de Remedios después de Misa á las cinco y media de la mañana, en ligero baroto tripulado por ocho buenos grumetes, y á las dos tres cuartos llegábamos al término del viaje, habiendo hecho alto unos siete cuartos de hora para el almuerzo y comida: el Agsabo está un cuarto de hora más arriba del lugar que ellos habían desmontado. El río Ujut, desde donde en él desemboca el río Pusílao hasta el Agsabo, es de muchísima más fácil navegación que el río Pusílao.

Se parece al río Arganan desde Sagunto hasta la Asunción; pero es más pintoresco, porque son más ac-

cientadas sus laderas. Aparecen con frecuencia aquellos montecitos cónicos del Pusilao, que en algunos trechos son la única barrera que separa ambos ríos; y es más variado el panorama, porque á veces se puede extender la vista á largas distancias sin encontrarse siempre aprisionada como en el Pusilao, y no hay como en éste aquellas rápidas vueltas que tantas veces ponen á los barotos en peligro de naufragar. No me explico porque Mancajinlay se fué al Pusilao para la formación de Milagros, y no lo puso en la barra del Agsabo, ya que además de las mejores condiciones para comunicarse con Butuán, tal vez más de la mitad de sus sáopes pertenecen al Agsabo y al Ujut.

El aspecto de los remontados que he visto es miserabilísimo; están en época de hambre, que según pienso debe ser la normal. Los cerdos monteses, los monos y demás animales no les dejan gozar de los trabajos de sus escasas y esparcidas sementeras: todo lo devoran, todo lo destruyen. ¡Qué contraste con los que quedan en Milagros, á quienes nada les falta; y que tienen dinero para pagar carpinteros de Butuán, que alquilan para que les hagan de tabla sus casas!

Pero sobre Milagros, y acaso á la vez sobre los demás pueblos, escribiré otra carta, ya que en ésta me he propuesto escribir solamente sobre la nueva formación de un pueblo en Agsabo.

Desde San José escribe el R. P. Ramón Ricart, S. J., al reverendo Padre Superior de la Misión:

Como el P. Nebot me escribió que iba á Surigao á primeros de Julio, escribo ésta á petición suya. Mi excursión en estos pueblos del Sumilao ha sido á pedir de boca. Dios no tiene medida para conceder sus gracias; á manos llenas las ha derramado sobre este pelele, y he pasado dieciséis días desde mi última, inundado de felicidad. En Trento se había formado un nubarrón por virtud del demonio, y se deshizo al llegar yo allí; vinieron los alzados de Lancangón, y bautizamos varios hijos suyos, y fuí al lugar que han escogido para hacer pueblo. ¿Qué nombre le pondremos? Tendrá sobre 50 casados. ¿Le gusta á V. R. que le ponga *Cuevas*, en memoria del P. Cuevas? Está en un afluente del Sumilao, á cuatro horas subiendo río arriba, y en cuyo afluente y á medio camino está el pueblo de Trento. El capitán del nuevo pueblo se llama Pío Cuevas, y está empeñado que le conceda ir á los manobos del monte, para atraerlos, que son á centenares, según él: yo se lo he prohibido, pues su intento es ir como Mahoma, ó se bautizan ó los mata. En San Isidro se han presentado varios remontados del año 86, quienes prometen vivir en el pueblo y traer sus mujeres é hijos. Bauticé allí 3 mayores, 1 varón y 16 niños.

En Tudela apareció el P. Bernardino, á quien en parte se debe la vuelta al pueblo de muchos remontados, por sus excursiones por los montes. Ahora el P. Bernardino quiere ir por Baobo, cuya gente, por no haber yo ido á visitarles, se han vuelto manobos fieros, y se están esclavizando con el fin de comprar jáboles, pues por un esclavo le dan treinta jáboles.

Llaman *jáboles* unas telas recias tejidas de abacá, de las cuales se visten las mujeres, rodeándose con ellas desde la cintura para abajo.

OCEANÍA

Feliz muerte de un leprosito en Nueva Caledonia

El R. P. Rougé, misionero marista, escribe á sus padres desde San Luís:

UN azote del cual no he tenido aún ocasión de hablaros, es la lepra. Hasta estos últimos tiempos, no había visto aún leprosos. Sin embargo en la Nueva Caledonia los hay, y muchos. Pero sosegaos; hace cincuenta años que están aquí los misioneros, y á ninguno ha atacado.

Varias veces los indígenas de San Luís han sido enviados á la leprosia de Belep, donde la terrible enfermedad hace mayor número de víctimas, pero de vez en cuando se declaran nuevos casos, y á veces nos vemos obligados á esperar mucho tiempo la salida de conducción de leprosos para Belep.

A veces también, la enfermedad se declara de repente y se lleva rápidamente á la víctima. Esto sucede sobre todo con la lepra interior, la que deja limpio el cuerpo por fuera, y lo roe horriblemente por dentro. Es la menos repugnante, pero quizás la más violenta.

Tal es el caso de mi Antoñito. Este niño tiene doce años. Le he enseñado el Catecismo de primera comunión, pero entonces no notaba en él nada extraordinario, y sólo sí, que sabía mejor las lecciones que los demás, y que escuchaba con mayor atención: sus hermosos ojos negros estaban siempre fijos en mí, pero, después de su primera Comunión, el día de Pentecostés, advertí que en él había aún algo mejor que una inteligencia superior á la de sus compañeritos, y era una piedad grande.

En efecto, á partir de este momento le vi llegar á mi confesonario todos los sábados, y cada domingo tomaba la santa Comunión. ¿Podía yo resistir al deseo de un alma tan angelical? Habría creído privar de una de sus más dulces alegrías á Nuestro Señor, que se goza entre las azucenas, y cuya delicia es vivir entre los hijos de los hombres.

Hace unos dos meses, el Hermano vino á decirme:

—Habría que mandar por el médico para que examine á Antonio; creo que es leproso.

Así que se presentó una ocasión, fué llevado á Numea. El doctor declaró que tenía la lepra, que su contacto con los demás niños no era peligroso, pues aún no tenía ninguna llaga exterior, pero se haría bien mandándole lo antes posible á Belep.

El médico había hablado con palabras veladas, pero el niño lo comprendió todo, y al llegar por la noche á San Luís, preguntó al Hermano si tenía que retirarse al pueblo. El Hermano le hizo permanecer algún tiempo; pero un día el pobre Antoñito no pudo sostenerse en pie. Desde aquel momento tuvo que quedarse en casa de su primo, pues su padre había muerto y su madre estaba en Belep, devorada también por la lepra.

La enfermedad del niño hizo rápidos progresos, y se tuvo que pensar en darle el Viático hace unas tres semanas. El mes pasado no pudo recibir la Confirmación con sus compañeritos, pero el Ilmo. Fraysse tuvo la bondad de confirmarle en su choza.



COCHINCHINA.—Dique de Nhatrang. (Pág. 490)

Después de algún tiempo yo iba á verle todos los días, y le mandaba alimentos más substanciosos que los que usan los indígenas. Me consolaba mucho la alegría que siempre se retrataba en su rostro, y también las palabras llenas de fe que pronunciaba, eran en extremo edificantes.

—Padre, mi cuerpo está muerto hasta aquí, decía señalando su última costilla.

En efecto, ambas piernas, las caderas, el vientre, estaban insensibles hasta la boca del estómago; apenas se sentía caliente este sitio.

Al ver que no estaba afectado por su estado, le dije:

—¡Hijo mío! la muerte se va acercando poco á poco; pronto no habrá más Antoñito.

—Si Dios quiere que me cure, quiero curarme; si quiere que me muera, quiero morirme, me contestó sin inmutarse.

Cuando oye tocar á Misa, abre su libro y asiste á ella en espíritu. También al tocar las campanas por la tarde, se une á los que rezan el Rosario en la iglesia.

De día, está solo con frecuencia, pues su primo tiene que atender á sus ocupaciones.

—¿Qué haces mientras estás solo en tu choza tanto rato? le pregunté hace dos días.

—Pienso en Dios y en V.

—¡Tontito! le dije sonriendo; piensa en Dios y en la Santísima Virgen, está bien; pero en mí, ¿por qué? ¿de qué sirve?

—Usted es bueno conmigo, Padre mío.

Una cosa aún no he dicho, y es, que si me esfuerzo

en servirle un poco de padre y de madre, puesto que él no los tiene á su lado, me veo pagado con creces, con sus sentimientos tan piadosos y delicados.

Os he dicho que S. Ilma. quiso administrarle la Confirmación. El domingo de Quincuagésima se verificó esta tierna ceremonia. La víspera le había llevado la santa Comunión y administrado en seguida la Extremaunción. Después de haber dicho Misa, S. Ilma. asistido por mí y acompañado por dos monaguillos con sotana encarnada y sobrepelliz, nos dirigimos á la choza del pobrecito paciente. El Prelado dijo algo al niño, y al ver su candor y excelentes disposiciones, quedó emocionado hasta hacerle temblar la voz, y se veía obligado á detenerse al rezar sus oraciones; ¡ama tanto á los indígenas S. Ilma! sobre todo á los niños. Yo también, con trabajo retenía mis lágrimas cuando Antoñito recibió el Sacramento cuya gracia le ayudará á pasar felizmente á la eternidad.

Anoche le llevé para su consuelo un poco de la ceniza bendecida por la mañana, y le hice la ceremonia, por todo la cual me ha quedado sumamente agradecido. Pertenece á la Cofradía del Rosario, y después de haber ganado algunas indulgencias para sí, se considera feliz aplicando á las almas del purgatorio los demás favores espirituales de la Asociación, para que estas almas recen por él cuando hayan llegado al paraíso.

Después de terminar esta carta y el rezo, voy á hacer á mi enfermito mi visita diaria. ¿Tardará mucho en

morir? No es probable, y próximamente podré completar mi relato, contando los últimos momentos de este niño.

Ya veis una vez más que los consuelos de los misioneros son muy grandes. Rasgos como éste hacen olvidar muchas miserias.

San Luis, 1.º de Abril.

El niño leproso ha muerto el mismo día que mi carta ha debido salir de Numea; se iba debilitando, porque no podía tomar más que un caldo ligerísimo y un poco de agua de coco.

Yo seguía visitándolo todos los días. Una mañana el Hermano le hizo una visita, y á su vuelta me dijo:

—Ya se acabó; Antonio puede morir de un momento á otro.

Me apresuré á ir á verle; le hallé muy débil.

—Antonio, díjele, tu muerte está cercana, voy á darte el Señor por la última vez.

Ya no podía hablar, pero contestó con dos signos afirmativos.

Mandé salir á todos los que estaban en la choza, y por signos se confesó. Con su devoción acostumbrada recibió el Santo Viático; luego le apliqué otra indulgencia plenaria, la que se puede ganar en la Cofradía del Rosario en el artículo de la muerte. Aun tuvo fuerzas para asociarse á las oraciones, haciendo la señal de la cruz.

Antes de retirarme, le hice pronunciar varias veces de corazón unas breves invocaciones.

Conservó todo su conocimiento hasta el fin y á eso de las cuatro entregó su alma á Dios.

FIDJI (Oceanía)

Trabajos para la conversión de diez mil paganos

El venerable vicario apostólico de las islas Fidji, Ilmo. Vidal, cuyo retrato damos en la pág. 481, nos remite la siguiente carta que desde Suva le ha escrito el R. P. J. Nicolás, sacerdote marista:

A PENAS partisteis de Fidji cuando un buque, venido de las Indias, nos trajo quinientos nuevos trabajadores, elevando á más de diez mil el número de los indios en Fidji, casi todos paganos, pues sólo había algunos cristianos entre los reclutados en Madrás.

Años ha comprendisteis la importancia de una Misión en Suva para trabajar en su conversión; pero poco se ha podido hacer hasta ahora en favor de aquellos infelices abandonados, pues por una parte el número de misioneros en Fidji es harto insuficiente aun para los obreros ya establecidos, y por otra es preciso aprender el idioma de aquellos extranjeros para poder instruirlos y evangelizarlos. No se mezclan, en efecto, con los indígenas de Fidji; no aprenden la lengua de este archipiélago, y continúan formando pueblo aparte.

Pero hasta tanto que se cuente con suficientes misioneros y recursos, ¿hay que dejar enteramente abandonada esta parte de vuestra grey, y nada puede hacerse por de pronto?

Voy á exponeros un proyecto que juzgo realizable desde luego, y quizá sería el medio más apto para la conversión de dichos diez mil indios.

Mi deseo sería instalar en Suva una escuela católica para los muchachos. Nadie hasta ahora se ha cuidado



COCHINCHINA.—Cultivo de un arrozal. (Pág. 491)

de ellos, y vegetan en la ignorancia y la inmoralidad. No pocos desean instruirse, y sus padres nos los confiarían gustosos. Muchos han llegado á asegurarme que de ningún modo se opondrían al bautismo de sus hijos. Ciento cincuenta vendrían en seguida á nuestra escuela, y á los pocos meses su cifra llegaría probablemente á doscientos.

A esta escuela pudiera seguir otra en Levuka ó en cualquier otro centro, y ambas serían el medio más seguro y eficaz de preparar y obtener la conversión de esos nuevos habitantes de la isla.

Cierto que la Misión de Fidji está empobrecida á causa del terrible ciclón de 6 de Enero de 1894, y aún no hemos podido reconstruir todo lo arruinado; pero la obra de los indios me parece tan importante y urgente, que nuestros misioneros consentirán gustosos en retardar las edificaciones á fin de apresurar la fundación de esta escuela.

Aguardar más tiempo sería exponerse á que los indígenas cayesen en manos de los ministros protestantes.

El gasto, por otra parte, no sería muy considerable. No tendríamos que comprar el terreno, y provisionalmente podríamos hacer una construcción de madera en condiciones de suficiente solidez. He consultado con un carpintero católico, quien me asegura que el coste no excedería de seis mil pesetas.

No dudo hallaréis algunos Hermanos Maristas que consientan en venir á sufrir algo, es cierto, pero también á hacer mucho bien; y no os será difícil hallar almas generosas que con medios pecuniarios os ayuden á arrancar esos niños á la idolatría.

¡Oh! ¡qué bella recompensa serán esos tiernos convertidos para aquellos que os entreguen sus ofrendas! Y por medio de los niños esperamos confiadamente llegar en breve hasta los padres. ¿No es así como hemos obtenido ya la conversión de buen número de neófitos?

Parécenos llegó la hora. Haga cada cual lo que le dicte su celo.

LOS CHAMES Y SUS SUPERSTICIONES

POR EL R. P. DAMIÁN GRANGEÓN, MISIONERO EN COCHINCHINA ORIENTAL

II.—Creencias y prácticas supersticiosas

(Continuación)

LA AGRICULTURA ENTRE LOS CHAMES

SABIDO es que el arroz no alcanza todo su vigor ni da toda su riqueza sino en los terrenos inundados. Y como el cielo en Anam parece de plomo durante meses seguidos, son precisos diques y canales que lleven á los campos las aguas de los ríos y arroyos. Estos trabajos muy importantes se llevan á cabo á expensas comunes y proporcionales por todos los propietarios, bajo la presidencia y dirección de algunos de ellos. Entre los chames estas funciones se encomiendan á uno solo, y son más bien religiosas que industriales y profanas.

Limpian y reparan los canales durante el primer mes

del año cham (Abril-Mayo); mas esta operación, para lograr su objeto, debe ser precedida y seguida de ofrendas á las deidades protectoras de los arrozales, principalmente á Po-Nagar, la Ceres cham, y á Po-Kong-Glarai, á quien suponen inventor del arte de riego. Consisten en arroz, gallina, cabritos, etc., y los ofrecen oficialmente los jefes.

Los diques de los ríos poco caudalosos no resisten á las grandes avenidas que se producen todos los años en la estación de las lluvias, y son arrastrados casi totalmente. Así es necesario reconstruirlos cada primavera. Una vez reunidos los materiales: maderas, puntales, estacas, haces de ramas, manojos de paja, piedras, etc., cada jefe, en el día propicio, acude al lugar señalado, y después de presentar sus ofrendas tradicionales, invita á las divinidades al festín dispuesto, é implora su protección sobre el dique que va á construirse. Bajando luego al lecho del río, ordinariamente muy bajo, clava tres estacas, á través de las cuales apoya tres maderos conteniendo tres piedras, tres faginas y tres terrones. Vuelve á subir al ribazo, y repite la adoración á los dioses. En seguida todo el pueblo pone mano á la obra con ardimiento, mientras el jefe se contenta con observar, sin poder, empero, salir de la mala choza de paja hecha exprofeso, hasta la conclusión de los trabajos. Además tiene que guardar perfecta continencia so pena de inmediata ruptura del dique.

De vuelta á su casa, ofrece aún un nuevo sacrificio, para asegurar la abundancia y el curso regular del agua. Por fin tiene que renovar sus ofrendas al florecer el arroz y en la época de la cosecha. Sus funciones revisten así el carácter de un verdadero sacerdocio público.

Según tradición constante y general, confirmada por el testimonio de los anamitas, hasta principios del presente siglo hubo sacrificios humanos en las épocas de prosperidad junto á los sitios donde se tomaba el agua. Niños de cuatro á cinco años, arrebatados furtivamente á sus familias, eran ahogados como ofrenda á las divinidades protectoras.

A pesar de todos esos sortilegios y de las fuertes sumas gastadas todos los años por los propietarios anamitas y chames, los dos grandes diques del río de Phang-Rang suministraban apenas la mitad del agua necesaria para el riego. La anchura del cauce, la elevación de los ribazos y sobre todo la rapidez de la corriente, hicieron siempre imposible la construcción de una obra formal, con los débiles medios empleados.

El P. Vuillaume, mediante autorización de su Obispo, cedió por fin á las súplicas de todos los interesados, y aceptó la dirección y vigilancia de los trabajos durante dos meses de cada uno de los años 1888 y 1889, poniendo por condición que se suprimirían perpetuamente las sobredichas supersticiones públicas, y se destruiría un bosque sagrado en donde principalmente se verificaban.

Este *lucus*, respetado por el hacha hacía muchos siglos, estaba situado en una isla en medio del río, cerca del dique principal: á los ojos de los chames era la mansión sacrosanta de todas las divinidades protecto-

ras del riego, y auguraban mil desdichas para su profanador. No obstante, se taló el bosque sin percañe alguno.

Dos enormes diques de cal y canto, uno de los cuales tiene más de trescientos metros de largo, surgieron como por encanto en vez de las dos miserables barreras de madera, tierra y arena. Por su medio sube el agua á la altura requerida, los canales la distribuyen con abundancia á la región, verdaderamente trasformada. Su solidez está garantida por siglos mediante pequeños trabajos de conservación.

Cualquiera creería que en vista de tal derrota los chames arrojarían al agua sus dioses impotentes; pero nada menos que eso: todavía lloran sus antiguas ceremonias diabólicas, y cada vez que una sequía, á causa del mal estado de los canales, hace disminuir un poco el volumen de agua en los campos, no dejan de atribuírle á la irritación de sus deidades y á la omisión sacrilega de los antiguos ritos. ¡Pobres ciegos! ¡Cuándo abrirán los ojos á la luz que les rodea!

En las otras regiones menos favorecidas, apenas se hace esperar la lluvia ordénanse *volletes* en todo un distrito, y á veces en toda una subprefectura. En los alrededores de los diques inmólanse y ofrécnse búfalos, bueyes, cabritos y comestibles diversos.

Hay arrozales que forman una categoría sumamente curiosa, que los chames llaman interdicha, y que abandonan, no en virtud de una prescripción cualquiera, sino á causa de los graves inconvenientes que ofrece su cultivo. Los anamitas los denominan con propiedad arrozales *doc*, es decir, malsanos, peligrosos, ó más bien envenenados, hechizados. Es, en efecto, no menos cierto que extraño, que no se pueden labrar ciertos campos sin que al momento el agricultor y su familia enfermen, y mueran casi todos los búfalos.

Chames y anamitas no dudan (y tienen razón) en atribuir este singular fenómeno á una causa preternatural.

Esta causa la atribuyen á la presencia de un *kut* que huyó al campo en una época cualquiera.

El *kut* es una caja conteniendo parte de las cenizas de un muerto.

Todo difunto tiene derecho perpetuo á un culto, invariable tanto en la naturaleza de las ofrendas como en la manera de ofrecerlas, y al lugar en que deben ser ofrecidas. Este lugar es siempre el mismo en que fué enterrado el *kut*, y si es un arrozal nada hay que temer para su cultivo mientras los sacrificios continúen en buena y debida forma en las épocas reglamentarias. Si se descuidan estos sagrados ritos, el alma del difunto se venga castigando con desdichas al propietario ingrato, y su campo será *doc* hasta que haya nuevamente saldado el impuesto de los difuntos. Si por negligencia no se recuerda la materia y el rito del sacrificio primitivos, el alma ultrajada muéstrase inexorable hasta que se da con ellos. Conviértese en fantasma y exige variedad de manjares: cabritos, cerdos, gallinas, frutas, etc. Con frecuencia pide cosas groseras y á veces inmorales:

el demonio en todas partes es el mismo. Cuando las investigaciones y los gastos son impotentes para contentar al exigente difunto, el arrozal queda convertido en *doc* perpetuamente, y nadie se atreve á labrarlo.

Sucede á veces que un arrozal, hasta entonces inofensivo, truécase en *doc* de una cosecha á otra: señal de que un enemigo ó un pariente desnaturalizado han ocultado en él furtivamente un *kut*, el primero por venganza, y el segundo por egoísmo é ingratitud, para descargar en otro la obligación de nutrir á un ascendiente, goloso aun en la tumba. Según cierto pueblo cham, el caso es muy frecuente; otros pretenden que no existe. Pero si la causa es dudosa, el hecho es indudable. Este súbito hechizo es temporal ó perpetuo según que el propietario tiene ó no la suerte de acertar los gustos culinarios de ese huésped parásito. De todas suertes, el arrozal pasará á la categoría de los que son impuestos por los muertos y para los muertos. Como se ve, el demonio hace pagar caro el favor de ser su esclavo.

Cosa consoladora y muy significativa: esos campos, *doc* tanto para los anamitas paganos como para los chames, cesan de serlo desde que pasan á poder de un cristiano. Aun un jornalero cristiano puede labrar, sin peligro para sí mismo, los campos *doc* de su amo pagano.

Los ritos usados para las siembras son múltiples y variados. Los hay inmorales, unos en la realidad, y otros en las figuras y la intención.

Una palabra solamente sobre las prácticas más visibles y originales.

Para la primera labor hay que escoger un día propicio; y al primer canto del gallo (á cosa de las tres; la aurora no comienza antes de las cinco), dos hombres con el arado y otros aperos se dirigen al campo que ha de labrarse primero, en el que trazan rápidamente tres surcos y se vuelven, procediendo con el mayor sigilo. Al salir el sol, ó bien al día siguiente, el amo pasea por allí como quien no sabe nada, y á la vista de los tres surcos recién trazados manifiesta la mayor sorpresa, vuelve á su casa apresuradamente, prepara la materia de un sacrificio, y de nuevo se dirige al mismo campo con ofrendas, búfalos y azadas. Después de hacer reverencia á las divinidades campestres, implora perdón para el impío que se ha atrevido á labrar su tierra á escondidas, pidiéndoles, no obstante, permiso para continuar el trabajo comenzado. Los dioses, complacientes y sencillos, contestan por su propia boca:

—Sí, continúa.

Desde entonces este campo y todos los demás pueden ser cultivados sin peligro. (*V. el grabado de la pág. 489*).

Llegado el día propicio para la sementera, la propietaria y su marido parten juntos, la primera llevando un poco de arroz en la cabeza y dos cirios en la mano, y el segundo una pala.

En un ángulo del campo trazan como un pequeño arrozal separado, comprendiendo de cuarenta á cincuenta centímetros cuadrados, y pudiendo recibir un puñado de granos. Después de regar este angosto espacio, el marido lo siembra, mientras que la mujer, en-

cendidos los cirios, dirige á las divinidades saludos é invocaciones. Desde entonces nada se opone á la continuación de la sementera, que dará seguramente buenos resultados, á condición, sin embargo, de que al pequeño arrozal sagrado se le riegue y cuide de suerte que el arroz crezca en él abundante y vigoroso. Cuando es algo crecido, arrancan cinco ó seis tallos y los plantan en el ángulo opuesto del campo.

Al estar en sazón los tallos no trasplantados, los siegan antes que todos con cuidado y mediante ciertas ceremonias, y después de la cosecha completa quitan la corteza á sus granos preciosos, que junto con una gallina inmolada por la madre de la familia, sirven de materia á un sacrificio destinado á ofrecer al cielo las primicias de la cosecha, y darle gracias por sus bendi-

Dicho esto, toma las tres gavillas modelo y las lleva á la era de su casa. Las otras mujeres imitan su ejemplo.

El arroz cortado, generalmente lo pisan en la era los bueyes y los búfalos. Terminada la operación, ofrécese en la era misma un sacrificio en acción de gracias.

Estas buenas gentes, que todo lo respetan menos su razón y su alma, nunca tocan al medio día el arroz puesto en el granero. No se atreven á esta hora á descortezarlo, ni venderlo, ni cambiarlo de lugar.

«El arroz duerme,» afirman con convicción; hace la siesta como el común de los indígenas. ¡Sería inhumano y no menos peligroso turbar el sueño de tantos millares de granos!



COCHINCHINA.—Molino de arroz, y pozo con palanca de báscula.

ciones. Reservan, sin embargo, algunos granos para las primeras sementeras del año siguiente. Como este arroz sagrado no es suficiente para el banquete que debe seguir al sacrificio, antes de cocerlo añaden arroz común procedente del mismo campo.

Muy singular es el rito que inaugura la cosecha general. La víspera del día fijado, la matrona más digna de la familia se dirige á un campo con una hoz, y siega hasta formar tres gavillas que coloca derechas en el talud del arrozal. Dirigiéndose en seguida á los tallos todavía en pie, exclama:

—Estáis maduros, y dignos de entrar en mi granero. Vais á seguir, pues, á las gavillas que hay aquí.

LOS ÑIS Ó ÑI-PAS TRIBU LOLOTA DEL YUN-NAN

POR EL P. PABLO VIAL, MISIONERO APOSTÓLICO

II

Cómo me introduje en la tribu ñi.

Nuevo viaje.—Primeras conversiones.—Partida para Lu-mei-y

TRANSCURRIDOS tres meses, después de haber visitado mis ovejas, repetí el viaje que llevo referido, pero á la inversa. Llegué á Tien-sen-Koan, mercado que se halla á medio camino entre la ciudad de Luleang al Norte y la de Lulan al Sur.

Pasé la primera noche en una posada, y el dueño de ésta, con gran sorpresa mía, entró seguido de algunos



ASIA MENOR.—Funerales de los cruzados después de la batalla de Dorilea. (Pág. 504)

chinos, y arrodillándose me declararon que deseaban hacerse cristianos.

—Vuestro anhelo me complace sobremanera, les dije, pero es preciso que conozcáis los principales puntos de nuestra santa Religión.

Se los expliqué en breves palabras, y añadí:

—Ahora los que quieran hacerse cristianos que se arrodillen; voy á rezar las oraciones de la adoración.

Diez familias se declararon cristianas; mas no pudiendo detenerme, porque nada llevaba conmigo, prometí volver un mes más tarde, después de Navidad.

En el día fijado llegué á pie, seguido de un portador y de un monaguillo.

Mi primer cuidado fué buscar una casa: pagué el alquiler, y la limpié en seguida. Los chinos, siempre lentos, estaban atónitos viendo tanta celeridad.

Los cristianos me prestaron una mesa, con la que dispuse un altar y algunos utensilios.

Pero diez familias cristianas eran poca cosa, y así traté de aumentar su número.

Tien-sen-Koan no tiene importancia sino como lugar de descanso entre Yun-Nan-sen, la capital, y el Este de la provincia; por lo demás, el país es pobre, árido, seco y pedregoso, pero pintoresco.

Los habitantes del mercado son chinos que vinieron hace tres años de la provincia de Nankín, á consecuencia de los trastornos habidos en el imperio.

Careciendo de terrenos, han desposeído brutal ó cautelosamente á los aborígenes.

Los alrededores de Tien-sen-Koan están poblados de indígenas; así frecuentemente venían familias lolotas para contemplar al extranjero. Mi más ardiente deseo era atraerles; los habitantes del mercado se mostraban cada vez más hostiles al Evangelio.

Uno de mis cristianos me presentó cierto día un joven de Lu-mei-y, aldea distante treinta *lis*, que deseaba convertirse á la fe católica. Convencido de sus buenas disposiciones, prometí que iría en breve á visitarle.

El día fijado me puse en camino, provisto de un saquito de perlas, mi harmonium y algunas otras curiosidades.

Lu-mei-y es una linda aldea situada en el último contrafuerte de una colina que se adelanta en la llanura: las casas están bien construídas, las calles empedradas; los habitantes se presentan aseados, y parecen simpáticos é inteligentes.

La casa de mi catecúmeno llenóse de indígenas, que comprendían regularmente el chino, y podían conversar en esta lengua.

El harmonium atrajo las miradas de todos.

—Esa caja, esos fuelles, esos pedales, ¿qué pueden ser? se preguntaban.

Unos opinaban que era un cañón, otros una mesa, y no faltaba quien creía que era una fragua.

Sin decir palabra hice correr los dedos sobre el teclado, y todos quedaron con la boca abierta. Cuando hube concluído, exclamaron.

—¡Oh! ¡Más, más!

Continué los acordes, tocando con preferencia las piezas en que domina la dulzura y la piedad.

Algunos me pidieron tímidamente que cantase. Conociendo ya su sencillez, no opuse dificultad, y con voz lo más expresiva posible entoné algunas canciones.

A alguien le parecerá que este modo de evangelización no es digno ni conforme á las prescripciones evangélicas, por figurarse que el apóstol en China es un hombre que, cruz en mano, recorre pueblos y ciudades predicando la verdad. ¡Ojalá fuese así, y que el ídola-tra, súbitamente iluminado, rompiese los ídolos para adorar únicamente á Dios!

En nuestros países el misionero es un extranjero, y como tal muy sospechoso. Antes de predicar con fruto, conviene que sepa captarse las simpatías de aquellos á quienes se propone convertir.

A fin de atraerse el respeto y la estimación de los chinos, el pueblo más vanidoso y menos religioso de la tierra, los Jesuítas, nuestros maestros, se presentaron como sabios. Con este título se introdujeron hasta la corte de Pekín, donde no sólo se impusieron por su ciencia europea, sino también por su profundo saber en todos los ramos de la literatura china.

A ellos debemos casi todos nuestros libros de religión, y puede decirse que vivimos aún á su sombra.

Pero uno es el carácter de los chinos, y otro el de los lolos.

Entre éstos nada tiene que ver la ciencia; siempre seremos fénix á sus ojos; mas la bondad de alma, la mansedumbre de corazón y la noble sencillez, he aquí lo que conmueve, atrae y cautiva á este pueblo, no gastado aún por la civilización moderna.

En Lu-mei-y me instalé, pues, con toda franqueza, como entre antiguos conocidos. Para descansar de la música, saqué á relucir mis pequeñas *européaneries*: un reloj, imágenes, un kaleidoscopio, en una palabra, todas las maravillas del mundo en concepto de los lolos.

El día siguiente vinieron á verme los ancianos del lugar: éste era el momento de manifestarme cariñoso y expansivo.

Si me fué fácil explicar los principales artículos de nuestra santa Religión, era difícil probar la falsedad de la suya, pues la ignoraba completamente, y hasta ahora nadie, que yo sepa, ha podido informarse de ella.

En el aposento que yo ocupaba vi suspendidos oriflamas pequeños de diferentes colores; pero ¿qué era aquello?

En la sala del centro había una cajita misteriosa, fija en la pared: ¿qué contendría?

No se veían figuras, ni bastoncillos, ni cualquiera otra diablura china.

Llamé á mi catecúmeno, y le dije:

—Si verdaderamente quieres ser cristiano, hay que echar al suelo toda suerte de ídolos: ¿qué te parece?

—Ignoro lo que debe ó no debe hacerse. Haced lo que gustéis.

Entonces llamé á mis acompañantes, y les ordené que derribasen cuanto tuviese sabor pagano, y que fijasen la tablita cristiana.

Pronto vino al suelo todo lo sospechoso, sin perdonar algunos objetos que yo creía inofensivos.

La tablita cristiana, esto es, un pliego de papel en el que estaba escrita esta sentencia: «Dios, espíritu creador y conservador del cielo, de la tierra, de los hombres y de todas las cosas,» fué solemnemente fijada en la pared.

Deo gratias! Dios tomaba posesión de un nuevo pueblo.

EL P. DAMIÁN DE VEUSTER

DE LA CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES, APÓSTOL DE LOS LEPROSOS

IX Y ÚLTIMO. — DESPUÉS DE MUERTO

No bien hubo cundido en Londres la noticia de la muerte del P. Damián, cuando se suspendió, por un instante, toda discusión popular. Todas las clases de la sociedad, y hasta las diversas comuniones religiosas, exhalaban un grito de compasión y tristeza unido á entusiastas aclamaciones de respeto y admiración.

Organizóse al punto una Comisión nacional para dar externa expresión á este arranque de simpatía. A 17 de Junio, y en plena asamblea del *Leprosy Fund*, después de un notable discurso del Príncipe de Gales, votáronse las determinaciones siguientes: 1.^a Erección de un monumento en la isla de Molokai; 2.^a Fundación en Londres de un *Instituto Damián*, ó sea un establecimiento para el estudio especial de la lepra; 3.^a Cuenta detallada sobre el estado de los leprosos en las Indias y en todo el imperio británico.

Todo se ha cumplido ya. El monumento erigido en Molokai es una cruz de granito, cuyo pedestal está cubierto de numerosas inscripciones, entre las cuales se destaca este versículo del Evangelista San Juan: *El indicio más claro del amor, es morir por el amado*. Inauguróse este monumento á 11 de Septiembre de 1893, bendiciéndolo el Ilmo. Sr. Ropert, actual vicario apostólico de las islas Sandwich.

No se crea, empero, que entusiasmo tan inaudito y extraordinario por parte de un pueblo hereje, se haya limitado á Inglaterra.

En nuestra católica España todos los diarios levantaron unánimes la voz para tributar, en nombre de la nación entera, al Apóstol de los leprosos el debido homenaje de respeto y admiración, escribiéndose en seguida algunas biografías del héroe de la caridad.

En Francia, el Ilmo. Sr. Perraud, cardenal obispo de Autún, invitó á la Academia y á la nación entera á saludar al héroe *sepultado en el triunfante horror de su lepra*, á quien los hombres no podrán ofrecer nunca recompensa igual á su sacrificio.

Finalmente, Portugal y Alemania, Italia y las dos Américas, han levantado unánimes el grito para ensalzar al héroe, el santo, al mártir.

Con razón se gloria Bélgica de tan ilustre hijo, y por eso transmite su memoria á las generaciones futuras. Bajo los auspicios de S. M. la Reina, organizóse una Comisión nacional, con el objeto de escribir en

rasgos imperecederos el tierno ejemplo de caridad dado al universo por un hijo de Tremeloo (1).

Al Sr. Constantino Meunier, célebre artista de Lovaina, cupo la noble misión de concebir la obra maestra exigida por la patria.

Pronto vislumbró el acreditado artista al ínclito héroe de la caridad estrechando contra su corazón á uno de sus caros leprosos. Grabada en el bronce la imagen que en la mente concibiera, supo dar al semblante del Apóstol tal expresión de piedad, generosidad, compasión y amor, que de él se desprende provechosa lección, que impresiona fuertemente el corazón y obliga al transeúnte á decir: *¡Padre Damián, rogad por nosotros!*

El día en que se inauguró esta obra maestra en los jardines públicos de Lovaina, fué de triunfo para la Iglesia. (16 de Diciembre, 1894).

El senador Sr. Descamps, presidente de la Junta organizadora; el Sr. Descoter, director de Bellas Artes; el Sr. de Burlet, ministro de la Gobernación; el ilustrísimo Sr. Abeloos, rector de la célebre Universidad de Lovaina, y S. Ema. el Cardenal Goossens, tributaron, en patéticos discursos, al heroísmo del sacerdote, del misionero y del Religioso, merecidos loores.

—Al pie de la estatua del P. Damián únense en homenaje y en sentimiento unánime de profunda admiración todos los corazones, dijo el Sr. Descoter al tomar posesión del monumento en nombre de la ciudad.

—¡Gloria á la Religión que tanta abnegación pone al servicio de las mayores miserias! exclamó entusiasmado el Sr. Descamps.

—Ved ahí á un santo, ved á un mártir, continuó S. Ema. el cardenal Goossens, dando gracias á la Comisión, al Gobierno, á la Universidad y á la muchedumbre, que presenciaba tan imponente espectáculo.

Mas he aquí que llega un telegrama de Su Santidad León XIII.

Su Santidad, dice el telegrama, *desea que todos los pueblos paguen el merecido tributo al Apóstol belga de Molokai*.

Sólo faltaba la voz del cielo para corroborar tan grandes manifestaciones de la tierra. En cuanto nos es lícito afirmarlo, parece que el cielo ha hablado ya repetidas veces oyendo las oraciones á él dirigidas por intercesión del Apóstol de los leprosos.

Relataremos solo un hecho:

Hacia ya ocho meses que sor Simplicia, del convento de Santa Ana de San Serván (Francia), se encontraba gravemente enferma con todos los síntomas de una lesión interna que sólo á la larga y muy difícilmente podría curarse. Empezó una novena en honor del Padre Damián, á 8 de Septiembre de 1895.

El 12, á eso de la una de la mañana, ¡cuál no fué su sorpresa al despertarse acostada del lado enfermo sin sentir dolor alguno!

Levántase sin ayuda, sigue el régimen de la Comunidad, y se pasea largo tiempo sin la menor molestia: el P. Damián la había curado.

(1) Gracias á la generosidad de un sacerdote holandés, la Congregación de los Sagrados Corazones ha adquirido la propiedad de la habitación en que nació y fué criado el P. Damián, y pronto se transformará en un piadoso oratorio y en un lugar de romería para los fieles admiradores del Apóstol de los leprosos.

El Dr. Sr. Beltrán, después de quince días de prueba, no dudó en declarar por escrito:

«Que tal curación era imposible con remedios naturales.»

«Vuélvanse, pues, los pueblos, repetiremos con el ilustre Pontífice León XIII, vuélvanse más y más al Apóstol de los leprosos.

Y quiera Dios que pronto veamos escrito su nombre al lado de los de San Vicente de Paúl y de San Pedro Claver, sus predecesores y dechados.

ESCUELAS APOSTÓLICAS (1)

«Animad á otros, escribía el P. Damián, para que vengan acá, y adiestradlos á la vida del misionero.»

Viendo acercarse ya el término de su heroica carrera, suspiraba el Apóstol de los leprosos por la perpetuidad de la sublime obra que él comenzara, y su más ardiente anhelo era suscitar émulo de su celo y abnegación, resueltos á consagrar sus fuerzas á las tareas del apostolado.

Para cumplir con tan justo deseo y honrar la memoria del Apóstol de los leprosos, los Padres de los Sagrados Corazones han abierto *Escuelas apostólicas*, llamadas *de los Sagrados Corazones*: proporciónase en ellas, á los niños en quienes se notan gérmenes de vocación religiosa y apostólica, los medios más eficaces para corresponder al llamamiento divino, y se preparan de ese modo, para la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de la Adoración perpetua, celosos cooperadores á sus obras en general, y particularmente á las Misiones de Oceanía y América, y á la no menos admirable de la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento del altar.

Con el fin de favorecer esas juveniles vocaciones, recíbese en las Escuelas apostólicas de los Sagrados Corazones á los niños que, gozando de temperamento sano y robusto, se señalen por su piedad y buen carácter. Requiere además que estén dotados de entendimiento despejado y muestren, como ya se ha dicho, aspiraciones por la vida religiosa y apostólica, para que los Padres de los Sagrados Corazones les puedan dar la instrucción conveniente á las disposiciones y tendencias de su alma.

Allí, esos nuevos Samueles podrán, fuera de los peligros del mundo, vivir una vida inocente, y formarse poco á poco á tan sublime vocación, por el estudio de las ciencias humanas y la práctica de las virtudes cristianas. Se mirará, sobre todo, por prepararlos á la difícil pero gloriosa tarea del ministerio apostólico.

Perpetuaráse de este modo una institución cuyo objeto es formar apóstoles para las Misiones lejanas, y guardias de honor que día y noche clamen en torno del tabernáculo por las necesidades del mundo entero, y se ofrezcan como víctimas expiatorias por los crímenes del universo.

A obra tan santa y meritoria puede contribuirse de tres modos: como *fundador*, *protector* y *socio*. Es *fundador*, el que asegura una beca ó media beca; *pro-*

tector, el que con una ofrenda anual paga los gastos de un alumno mientras estudia; y *socio*, el que anualmente ofrece una limosna menos considerable. Es de advertir que los miembros de cualquier familia ó Comunidad religiosa pueden adquirir derecho á alguno de estos títulos, reuniendo las limosnas á ellos correspondientes.

¡Qué dulce é inmenso consuelo para los piadosos fieles, socorrer de este modo para siempre las necesidades de la Iglesia y de las almas con sacerdotes, Religiosos y misioneros!

Gracias á la generosidad de los fieles, la obra de las Escuelas apostólicas se ha desarrollado rápidamente, y se han abierto ya algunas en diversas naciones de Europa, y en los puntos siguientes: en Miranda de Ebro (1); en Aerschot (Bélgica); en Simpelveld (Holanda); en Hadzor (Inglaterra); en Sarzeau (Francia), y en Graves (Holanda); esta última en construcción.

Un boletín mensual da á conocer á los bienhechores las gracias obtenidas por la intercesión del Apóstol de los leprosos, y el desarrollo y progreso de tan hermosa obra, alentada y bendecida por Su Santidad León XIII. Cuenta ya dicho boletín más de 12,000 subscriptores, ó sea propagadores de los méritos y de la gloria del gran siervo de Dios. Imprímese en los cuatro idiomas siguientes: en francés, alemán, flamenco é inglés, y no tardará mucho en imprimirse en castellano.

Para los demás informes y envío de las ofrendas, dirigirse al Superior del convento de los Sagrados Corazones de Miranda de Ebro.

«¡Oh santo Mártir! diremos al terminar, con el Cardenal de Malinas. ¡Oh santo Mártir! ¡propáguese vuestra obra hasta los confines de la tierra! ¡levántense héroes que, émulo de vuestro celo y abnegación, consagren su vida al servicio de los leprosos! En vuestro último momento, éste debió de ser vuestro más ardiente deseo.

«El mismo deseo nos anima: ¡ojalá podamos seguir el camino de la perfección al olor de vuestras virtudes!»

LAS RELIGIOSAS EN DINAMARCA

CUARENTA años ha, el propio día de Pentecostés, cuatro Hermanas de San José de Chambéry llegaron á Copenhague en Dinamarca. El objeto de su llegada era establecer una Comunidad religiosa en un país enteramente protestante, donde sólo ocho años antes había sido proclamada la libertad de conciencia.

En los primeros cuatro meses nada se vió, en su vestido, que las distinguiese de las demás señoras de la

(1) En Miranda de Ebro (Burgos), además de la Escuela apostólica, han abierto los Padres de los Sagrados Corazones una casa profesa de estudios y un colegio de segunda enseñanza, anejo al instituto de Burgos; y en Beire (Navarra), un noviciado para la provincia de España y América.

En la católica España abrigan los Padres de los Sagrados Corazones la halagüeña y bien fundada esperanza de conseguir opimos frutos; pues ningún campo hay más idóneo para la santa empresa, confiada por la divina Providencia á la Congregación de los Sagrados Corazones y de la Adoración, que la inclita tierra bendecida por el apóstol Santiago y la Reina de los Angeles, fertilizada con la sangre de millones de Mártires, regada en todo tiempo con los sudores de hombres verdaderamente apostólicos, y fecunda siempre en naturalezas vigorosas y aptas para las lides del Señor.

(1) Obra aprobada por Pío IX y León XIII, y enriquecida con un sinnúmero de indulgencias. (Vid. *Las indulgencias*, por Be-ringer).

buena sociedad. El fanatismo anticatólico no había desaparecido aún, ni mucho menos, de aquella comarca; y desde los días de la Reforma nunca se había visto allí un hábito religioso. Así que no fué poca la curiosidad que excitó, el espectáculo de Hermanas que vestían realmente como Hermanas. Mas, bien pronto á la curiosidad sucedió el aprecio, la admiración y hasta el cariño de la gente.

Las Hermanas no habían puesto sus esperanzas en riquezas terrenas, pues estaban del todo desprovistas de ellas. Sus únicas riquezas consistían en un ardoroso celo de propagar la fe católica, y en una perfecta confianza en el que todo lo puede. Amparadas tan sólo por la pobreza, se instalaron desde un principio en una humilde casita cuyas ventanas daban á un cementerio protestante. Muy contadas eran las piezas de ese modesto convento. Muy á menudo, al levantarse por la mañana, no sabían de dónde les vendría aquel día el sustento; y no pocas veces, haciendo de la necesidad virtud, se acostaron sin cenar.

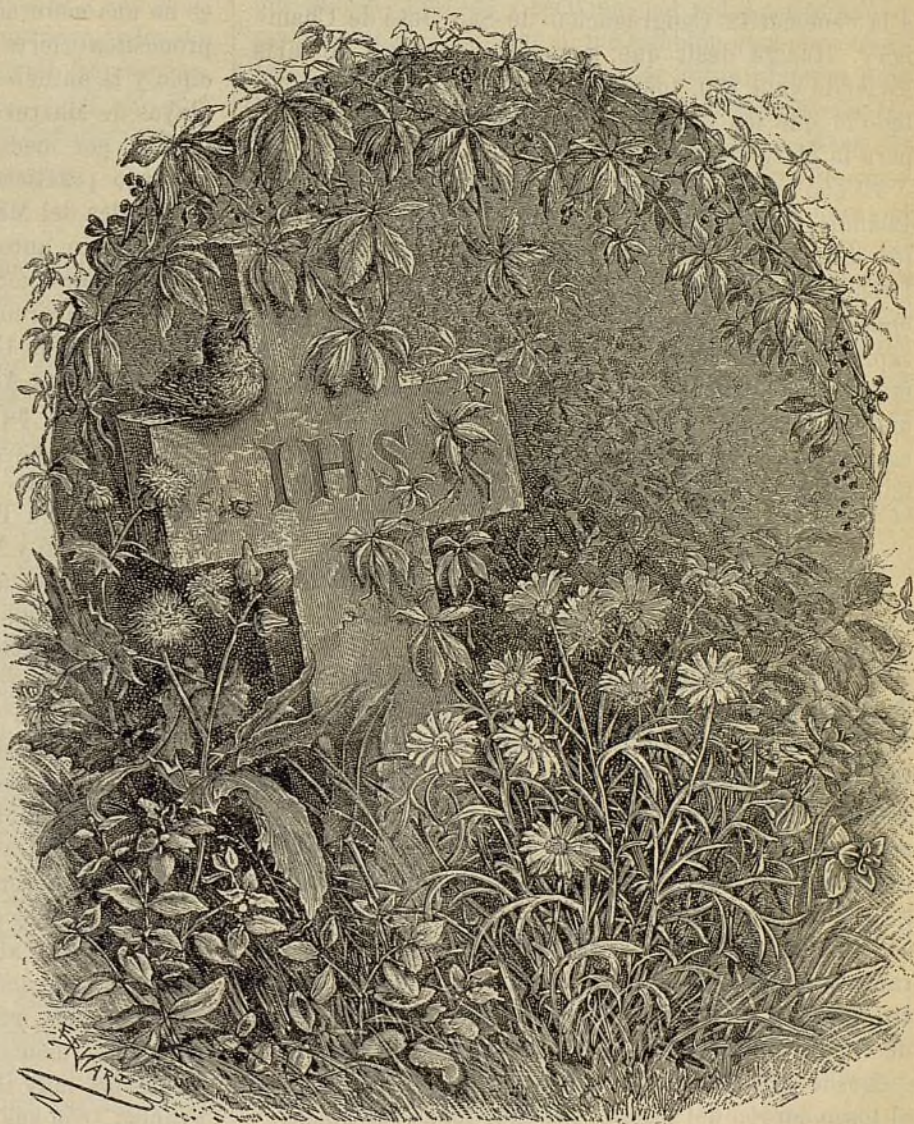
Empero, Aquel que cuida hasta de las avicillas y las proporciona alimento, no permitió que se prolongaran demasiado los apuros de sus queridas siervas. Una dama de la más alta sociedad empezó á interesarse por ellas y á auxiliarlas. Su caridad recibió como recompensa el don de la fe: esa dama se convirtió al Catolicismo, y ha sido hasta hoy un modelo de todas las virtudes. El ejemplo de su generosidad fué seguido por otras señoras, y así la pequeña Comunidad comenzó á tener siquiera asegurado el pan de cada día. Mientras tanto las buenas Hermanas estudiaban con ardor el idioma del país, y á los dos años de su permanencia en Copenhague ya estaban en disposición para dedicarse á la obra de la educación.

Empezaron con una escuela parroquial en que se enseñaba la lengua danesa. Poco después abrieron otra escuela en que se daban exclusivamente lecciones de francés. Este plantel se vió desde luego concurrido por las hijas de las mejores familias de la capital; y aumentó tan pronto el número de los alumnos y alumnas de ambas escuelas, que se tuvo que escribir á la Casa matriz en Francia, para pedir nuevas Hermanas. A los pocos años hasta hijas del país solicitaron la gracia de vestir el hábito religioso. Fueron éstas las primeras vocaciones que se presenciaron en Dinamarca, desde que soplara sobre ella el viento pestilencial de la Reforma.

En 1873 las Hermanas ensancharon la esfera de su

actividad. Con la ayuda del prefecto apostólico, ilustrísimo Gruder, establecieron el hospital de San José en Copenhague. Sus comienzos fueron modestos, pero no tardaron en brillar para él días más risueños. Otra dama generosa les suministró los fondos necesarios para levantar un edificio más espacioso, al que afluyeron los enfermos, atraídos también por la caridad y el espíritu de abnegación que les granjeaba á las Hermanas las simpatías de todo el mundo. ¡Cuántas conversiones se obraron en tal establecimiento!

De las cuatro Hermanas que formaron la primera Co-



Adornen mi sepultura
Las flores de mis montañas.

A. T.

LA CRUZ DEL CAMPOSANTO. (Pág. 500)

munidad religiosa en Dinamarca, tres fueron ya á recibir el galardón de sus virtudes y heroicos desvelos. La que les sobrevive, está en la actualidad al frente del Hospital de San José. En 1895 Francia reconoció oficialmente el bien hecho en Dinamarca por las Religiosas de Chambery, y por medio de su ministro en Copenhague, el Sr. de Commynes, ofreció á las Hermanas una medalla de oro. Con esta ocasión les dijo el representante oficial del Gobierno francés: «Las cuatro modestas piezas que ocupasteis al estableceros por vez primera en Copenhague, se han transformado en cuatro grandes institucio-

nes. La bendición de Dios está visiblemente con vosotros, y os alienta y favorece en vuestras santas empresas."

La primera escuela que fundaron las Hermanas en la capital de Dinamarca contaba sólo con 20 alumnos: hoy dirigen en esa misma metrópoli ocho planteles de enseñanza, los que son frecuentados por 600 entre niños y niñas. Tienen además hospitales en Copenhague, Fredericia, Fredericksberg y Odrup, en que cuidan del bien espiritual y corporal de los enfermos, no sólo Hermanas francesas, sino también Hermanas danesas, noruegas, suecas y alemanas, pertenecientes todas ellas á la benemérita Congregación de San José de Chambery. Huelga decir que, aunque el número de ellas asciende ya á 170, todavía es escaso para dar abasto á todo lo que las buenas Hermanas tienen emprendido para la gloria de Dios.

El año pasado salieron cuatro de esas Religiosas para Islandia, donde los Padres Jesuitas abrieron poco antes una Misión conforme los deseos de Su Santidad León XIII. Otras Hermanas han salido este año para el mismo lugar. Ya han abierto una escuela en Reykjavick, capital de aquel país, y están ahora levantando allí mismo dos grandes hospitales. ¡Felices auspicios de una obra que promete tener, lo mismo que en Dinamarca, consoladores resultados para el ensanche de nuestra fe, y la salvación de las almas!

EL APOSTOLADO DE SAN ANTONIO EN MARRUECOS

SABIDO es de todos los devotos de San Antonio que el motivo principal por que éste pasó de la benemérita Orden de San Agustín á la del Seráfico Padre San Francisco, fué el deseo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, imitando á los cinco Protomártires Franciscanos, cuyos ensangrentados restos quiso el Señor por divina providencia manifestar al gran San Antonio, para que á la vista de aquellos vencedores de la muerte se enardeciese más y más el corazón de Fernando, que así se llamaba entonces nuestro Santo, y solicitase semejantes triunfos para gloria de Dios y honor de la Ley sacrosanta de Jesucristo.

Desde que San Antonio tuvo la dicha de ceñirse con el tosco cordón del llagado Serafín, todas sus ansias y desvelos fueron hacerse digno de que la Providencia de Dios le enviase á predicar la santa ley de Jesucristo á los embrutecidos hijos de Mahoma que habitaban el imperio magrebino, para enseñarles á costa de sudores y fatigas el camino del cielo, ó si obstinados rechazaban la nueva, derramar su sangre generosa en tan santa empresa.

Dios nuestro Señor por sus altos juicios negó á nuestro Santo el consuelo de derramar su sangre en las tierras marroquíes, frustrándose así sus ardientes deseos del martirio. Mas aquellos vivos deseos que este glorioso Santo tuvo de evangelizar á los habitantes todos de Marruecos no podían ser inútiles. Porque Dios, misericordia infinita, no puede dejar sin premio los anhelos que la criatura tiene de glorificarle. Por esto sin duda alguna, y á pesar del transcurso de siete siglos, hoy parece

renovarse el apostolado que San Antonio ejercitó en el siglo XIII, por medio de las Obras antonianas, esto es, la Pía Unión y Pan de los Pobres, las cuales pregonan ante la faz del mundo la fe de Jesucristo, y predicán la ley santa de Dios y de la Iglesia, practicando la caridad cristiana. Estas Instituciones, pues, naciendo, creciendo y fructificando en medio de la infidelidad mahometana de Marruecos, bien podrá decirse que son fruto de aquellos vivos deseos que el gran Taumaturgo paduano tuvo de dilatar en aquellos reinos el nombre y la gloria de Cristo Señor nuestro.

Y para que se vea que todo cuanto vamos diciendo es no una mera ficción, sino una hermosa realidad que pronostica cierta esperanza, referiremos el buen principio y la entusiasta acogida que en las inhospitalarias playas de Marruecos han tenido las Instituciones antonianas, por medio de las cuales quiere el Santo Taumaturgo practicar su benéfico apostolado en favor de los infieles del Magreb.

En efecto: autorizado el celoso P. prefecto de las Misiones de Marruecos, M. R. P. Fr. Francisco M.^a Cervera, por el reverendísimo Padre Director del Centro primario de la Pía Unión para establecer Centros secundarios de esta Asociación en todas las Casas-Misión existentes en aquel imperio, procedió á la creación de Centro diocesano en Tánger, por ser la Misión de más importancia, erigiéndose también centros locales ó parroquiales en Tetuán, Larache, Rabat, Casablanca, Mazagán, Saffi y Mogador. En todos estos puntos fueron solemnes y devotas las funciones que con este motivo se celebraron, siendo invocado con el mayor fervor nuestro Santo por los católicos existentes en dichos lugares. Todos los cristianos que se hallan en aquellos países son devotísimos de San Antonio, lo cual se infiere de que á pesar del poco tiempo que hace se estableció allí la Pía Unión, son ya más de mil los asociados, número ciertamente considerable, si atiende á que en el imperio existen pocos católicos. Pero sobre todo esto, lo que demuestra que San Antonio quiere por medio de esta santa Institución ejercitar en Marruecos su apostolado, es que esta Asociación la abrazan las personas más caracterizadas y que más pueden influir en el desarrollo de esta semilla evangélica, pues nos consta que en uno de los puntos arriba mencionados se alistaron en las filas antonianas los muy ilustres señores Cónsules de España y Francia, con sus respectivas familias, dando con esto un poderoso impulso á la incipiente Asociación, de la que muy pronto se comenzaron á percibir los frutos espirituales, que sin duda ha de producir en aquel ingrato é infiel país, pues el día de la institución, fiesta de San Antonio, recibieron los santos sacramentos de Penitencia y Comunión todos los asociados. También se ha establecido la Obra del Pan de San Antonio, para lo cual la Sagrada Congregación de Propaganda, atendiendo al mucho fruto que semejante obra ha de reportar, autorizó al muy reverendo Padre Prefecto, con un decreto del 12 de Diciembre de 1896, para que pudiese establecerla en nuestras iglesias, á pesar de nuestra Regla y Constituciones.

Para la erección, así de la Pía Unión como del *Pan de San Antonio*, se celebraron en todos los puntos tri-duos ó novenas solemnes, siendo sobre toda pondera-

ción el fervor con que se celebró la fiesta del Santo. El entusiasmo es muy grande entre los fieles, proveyéndose cada cual de algún objeto devoto relacionado con nuestro insigne Taumaturgo, todo lo que debe agradar mucho á nuestro San Antonio, puesto que ha comenzado á dispensar favores, algunos muy notables. Estos son los principios y el fervoroso entusiasmo que entre los fieles de Marruecos ha despertado la devoción á San Antonio.

¡Quiera Dios que por medio de este apostolado espiritual, establecido en medio de la morisma, lleguen los desgraciados hijos del profeta de la Meca al conocimiento de la verdad que llama claramente á sus puertas, y que la luz del Evangelio, que con tanto ardor deseó difundir entre ellos el grande apóstol franciscano, ilumine sus tenebrosos entendimientos!—(E. E. F.).

R. P. FR. TOMÁS ORTIZ

DIGNO es por cierto de grata memoria el venerable Religioso cuya biografía vamos á presentar de la manera más sucinta posible.

En el catálogo que de los Religiosos de San Agustín formó Fr. Gaspar Cano, se encuentra el nombre del memorable agustino Fr. Tomás Ortiz. Nació en el pueblo de Dueñas, de la provincia de Palencia, en el año 1668. Muy joven aún vistió el hábito de San Agustín, en cuya Orden venerable hizo su profesión en el convento de Valladolid apenas cumplió los diecinueve años.

Tres años más de profundos estudios y de aplicación incesante hicieron que sus superiores le creyeran en disposición de pasar á Filipinas, donde con su conducta y su celo había de dar días de gloria á la Orden religiosa que le había admitido en su seno. Fué doctor en Manila, y desempeñó á la vez el cargo de secretario de la provincia, cargo que renunció bien pronto, porque sus deseos eran pasar á la China y trabajar en la conversión de los habitantes de aquel país. Obtenido el permiso necesario, marchó allá con el corazón inflamado por la caridad, virtud admirable que le alcanzó grandes triunfos en sus tareas apostólicas.

Muchos años vivió entre los chinos desempeñando el alto cargo de vicario de la Misión. Innumerables fueron las conversiones debidas á su predicación; levantó veintitres iglesias para sus nuevos cristianos, instaló escuelas para su instrucción y educación, y cuando con más ahinco trabajaba en cristianizar aquella gente del gran imperio chino que se había propuesto evangelizar, se levantó terrible persecución contra los cristianos, publicando el emperador un edicto de proscripción para los misioneros, teniendo que salir Fr. Tomás bien á pesar suyo con todos los compañeros de su Misión, de una tierra que habían regado con su sudor, y abandonar á sus muchos hijos espirituales con los que tanto se había encariñado.

Volvió á Manila, donde desempeñó los cargos de Provincial, y terminado en el año 1719 el tiempo de su provincialiato, pasó de prior al convento de Guadalupe, donde permaneció hasta su muerte en el año 1741. En su retiro de Guadalupe no descansó el infatigable Fr. Tomás, sino que allí, ya que por necesidad tuvo

que dejar la vida activa, procuró trabajar á fin de ser útil á los demás, sin olvidar á sus queridos chinos, á los que con tanto afán había instruído en la doctrina católica.

Se dedicó á escribir, saliendo de su pluma tan fecunda como lo había sido su palabra, el tratado las *Devociones*, compuesto de tres tomos en 8.º, escrito en lengua china. Tradujo al tagalo el *Sumario* de las *indulgencias de la Correa*. Compuso un bonito tratado que denominó: *Explicación de los novísimos*; otro titulado: *Ayudar á bien morir*. Escribió además un *Catecismo tagalo*, el *Confesionario tagalo y español*, obras todas que fueron impresas y recibidas por todos con grandísima aceptación, así como lo fué también otra obra escrita en castellano llamada *Práctica del ministerio y reglas para la meditación, con la explicación de la Misa*. Dejó además inédito un tomo en folio de todas las controversias de China, y un *Diccionario tagalo-español*. A su fecunda iniciativa se deben muchas obras de importancia de las que guardarán siempre grato recuerdo las islas Filipinas, y en España, según asegura el P. Agustín María, la fundación del célebre colegio de Valladolid, en cuya ciudad había recibido del Señor las santas inspiraciones á las que supo corresponder con tanta fidelidad haciendo que redundaran en gloria de Dios y en provecho de sus hermanos.

Tal fué la vida del palentino R. P. Fr. Tomás Ortiz, vida de trabajo constante, de abnegación sublime y de incesante sacrificio.—E. S.

EL CREDO DE LAS NACIONES

CATÓLICOS: Francia, Italia, Austria, Bélgica, España, Portugal, Luxemburgo, Chile, Colombia, Hungría, Costa Rica, Guatemala, Méjico, Bolivia, Paraguay, Brasil, Argentina, Ecuador, Unión Central Americana, Venezuela, Haití y Uruguay. Total, 23.

Cismáticos: Rusia, Grecia, Bosnia, Bulgaria, Rumanía, Servia y Montenegro. Total, 7.

La mitad católicos: Holanda, Suíza y Hawai. Total, 3.

Protestantes, con una gran minoría de católicos: Inglaterra, Alemania, Estados Unidos. Total, 3.

Protestantes: Dinamarca, Suecia, Noruega, Transvaal, Liberia. Total, 5.

Mahometanos: Turquía, Egipto, Persia. Total, 3.

Budistas, confucionista, tavistas y sinthovistas: China, Japón, Siam, Corea. Total, 4.

Muchas de las naciones enumeradas como católicas, tienen Gobiernos anticatólicos ó ateos, porque el «espíritu del mundo es enemigo de Dios,» y porque los hombres carnales perseguirán con frecuencia la religión que poseen, del mismo modo que el diablo le hace la guerra á Dios y á su Iglesia, aunque conoce la majestad del Uno y la verdad y divinidad de la otra.

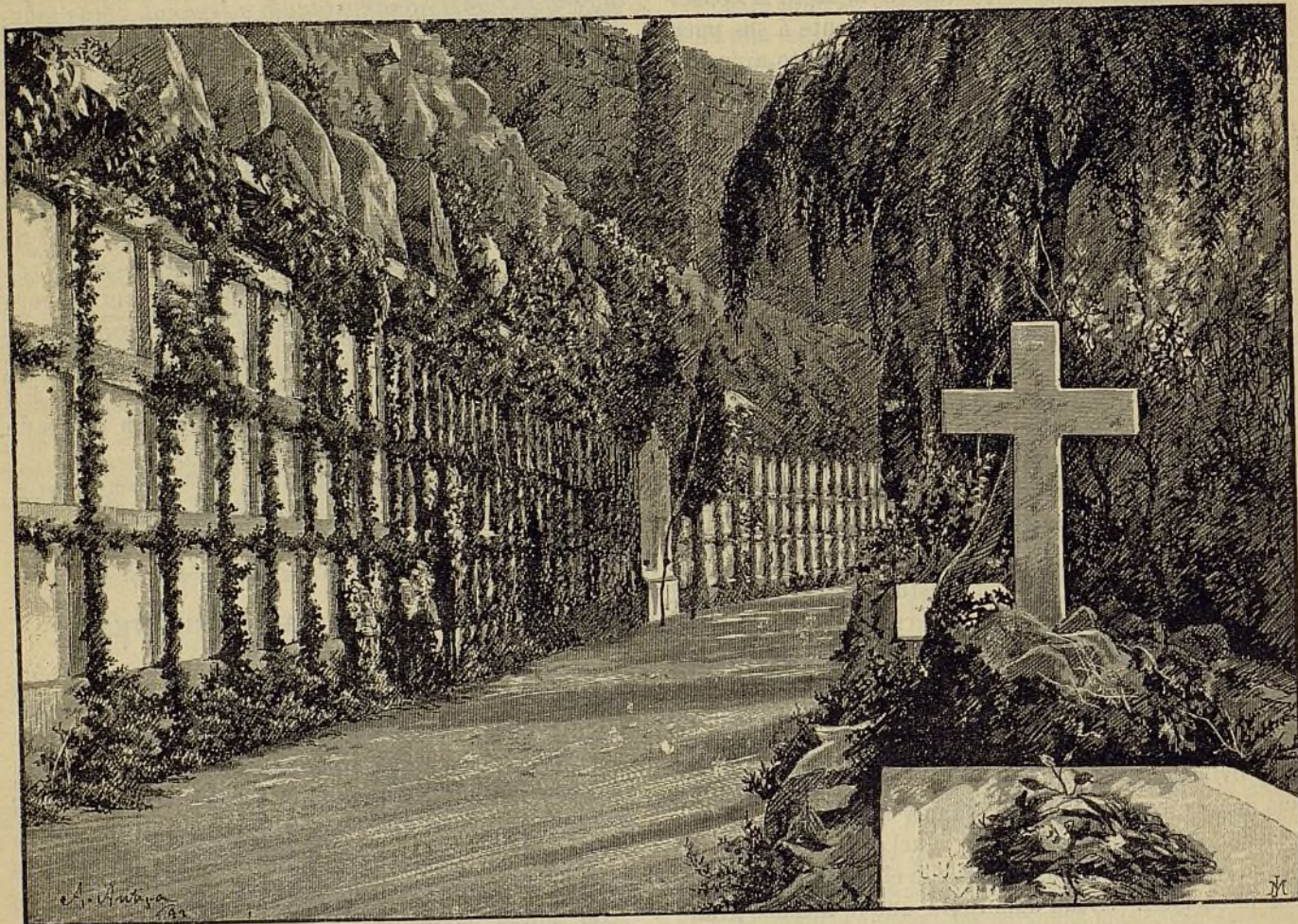
Los Gobiernos de los países cismáticos pretenden llamarse «ortodoxos,» protestan tener el mayor interés por las religiones de su país, porque las Iglesias cismáticas son meras oficinas del Estado, instrumentos convenientes en manos de los gobernantes para conservar al pueblo sujeto á su voluntad.

Muchos de los Gobiernos protestantes, ó parcialmente protestantes, protegen, como los cismáticos, religiones especiales en beneficio propio. Así sucede en Dinamarca, Suecia, Noruega, Transvaal y Holanda; los Estados protestantes de Alemania, los cantones protestantes de Suiza, Inglaterra y Escocia. Esos Gobiernos protestantes que aseguran no tener «Iglesia establecida,» son, en la práctica, los partidarios más vehementes de cualquiera religión, con tal que no sea católica.

El Gobierno de los Estados Unidos sostiene un ejér-

compuesta toda de católicos fieles, ó en que la Iglesia se vea libre de la indiferencia, del pecado ó de otra variedad de escándalos.

Pero en donde prevalece la Religión católica y en donde la Iglesia tiene libertad de obrar, sin temor á la intervención ó vigilancia del Estado, gran parte del pueblo lleva vida piadosa y practica las virtudes según sus aptitudes, más que cualquier otro país en donde se profesa la herejía ó el Paganismo, ó en donde la Iglesia está sujeta á malos Gobiernos.



Polvo, ceniza, nada... Mas sé que vive mi Redentor, y que yo he de resucitar del polvo de la tierra en el último día. (*Job, XIX, 25*)

EN EL CEMENTERIO DEL SUDOESTE DE BARCELONA

cito de capellanes, casi todos protestantes, aún cuando una tercera parte de los ciudadanos de este país que profesan alguna religión, sean católicos; sin embargo, por todos los medios á su alcance protege al Protestantismo con más decisión que la que demuestra el antiguo mundo hácia las religiones oficiales.

El Protestantismo es una religión que el mundo impío ha creado para sí «á su imagen y semejanza,» y el mundo ama á los suyos.

Es regla general, que todos los Gobiernos, en todos los países y en todas las edades, han sido hostiles á la verdadera Religión, y que han protegido á las otras menos á ésta.

La mayoría de los hombres, ahora como siempre, ya se llamen católicos, protestantes, judíos ó paganos, se inclinan á ir por el camino ancho que conduce á su pérdida; y por eso no puede esperarse nunca ver una nación

LA CRUZ DEL CAMPOSANTO

BENDITA seas, ¡oh Cruz! que en medio de este campo de soledad te levantas humilde y silenciosa, mudo centinela de la ciudad de los que fueron.

Con mucha mayor elocuencia hablas tú que esos cien y cien letreros que en sencillas tumbas ó en lujosos mausoleos vienen tal vez á halagar el orgullo del hombre aun en el sitio que debiera ser de su mayor humillación y vergüenza.

Todo esto es mentira, ¡oh Cruz! todo esto es mentira. Mienten las alabanzas aun después de la tumba, miente el oro, miente el mármol, miente el cincel del escultor, miente la profana corona de flores, frívolo obsequio, más que del afecto, de la vanidad.

Tú sola ¡oh Cruz! no mientes ni adulas. Tú sola dices la verdad.

Tu tronco firme y enhiesto le veo clavado en tierra, pero tus brazos se extienden en dirección á todo el mundo, y tu frente mira serena al cielo, que extiende sobre ti su inmenso pabellón.

¡Tú me lo señalas día y noche, y me muestras mi verdadero destino final! En vano te azotan lluvias y te sacuden vientos y te envuelven nieblas y rugen en torno de ti deshechas tempestades. Impávida y sin vacilar sigues mirando á lo alto, y no se dobla tu gloriosa frente, ni cambia tu dirección. Así soy yo, pobre y deleznable mortal, pero con un alma hija del cielo, y que mi fe, mis obras, por la divina gracia, han de conducirme allá. Clavados mis piés en tierra busco anhelante el cielo, siento hambre y sed de lo infinito, tengo ambición inmortal, juzgo indigno de mí todo lo que no es Dios, porque me reconozco de la estirpe de Dios. ¡Animo, corazón mío, que pronto ha de llegar tu suspirado ideal! Muéstramelo siempre, ¡oh Cruz bendita! señálame siempre como faro luminoso estos rumbos, dirígeme siempre á ellos como certero timón.

Me aterra la enormidad de mis culpas, y temo hallar cerrado con cerrojos de bronce el cielo, á causa de la muchedumbre de mis iniquidades. Imagen de Dios soy, que nací para el cielo; pero pecador me he hecho, y como tal me hice reo de condenación.

Contemplo, empero, tus brazos de par en par abiertos, y ellos me hablan también ¡oh Cruz! palabras de aliento y de amor.

Imagen son de los de mi Divino Redentor, que en ti extendió los suyos para abrazar á todos los arrepentidos. Así tu tronco me advierte mi vileza, tu frente me recuerda mi dignidad, tus extendidos brazos me resuelven el enigma de estos dos extremos con esta sublime palabra: perdón. Gusano soy de lodo, pero la misericordia de Dios me devolverá limpias mis alas para hacerme ángel del paraíso. Por ti, ¡oh Cruz! y en tus brazos me logró Cristo la redención. Por ti y apoyado en ellos subirá mi alma del fondo de su actual miseria á la cumbre de su eterna felicidad.

Eso me dices, ¡oh Cruz! y eso me estás á todas horas predicando, y eso solo es la verdad. Y miente el mundo y miente el oro y miente el placer y miente el humano orgullo.

¡Sólo no mientes tú!

CRÓNICA

Dinamarca.—Las conversiones al Catolicismo se hacen cada vez más numerosas en los países escandinavos, y sobre todo en Dinamarca.

Todas las instituciones católicas han tomado un impulso muy consolador bajo el vicariato apostólico de Mons. Von Euch, obispo de Anastasionopola, quien dirige desde hace cinco años el vicariato de Dinamarca.

El clero protestante y la nobleza facilitan el mayor número de los neófitos. Recientemente el Ilmo. Von Euch administró el sacramento de la Confirmación á tres neófitos: el pastor protestante Niels Hansen, el barón Von Stampe Charisius y el barón de Loewenskiöld, padre del secretario de la Legación de Dinamarca en San Petersburgo.

Estados Unidos.—El R. P. Rafael M.^a Piperni, misionero salesiano, escribe desde S. Francisco de California el 15 de Marzo:

«Después de cuatro días de nuestra llegada á esta nueva Misión, tomo la pluma para darle algunas noticias de nuestro viaje; cosa que no he hecho antes por el mucho cansancio y las continuas visitas que á todas horas hemos tenido.

«Le diré en primer término que nuestro viaje ha sido muy feliz.

«Al embarcarnos en Génova la mañana del 14 de Febrero, en el vapor inglés *Werra* nos encontramos á bordo con dos sacerdotes, uno alemán y otro francés, con los cuales formamos una pequeña comunidad, celebrando todos los días la santa Misa y haciendo siempre juntos todas las prácticas de piedad. De esta suerte, un vapor de protestantes parecía reducido á una pequeña catedral católica.

«Llegamos á Nueva York el 2 de Marzo; en el puerto nos esperaba una persona encargada de saludarnos en nombre del excelentísimo señor Arzobispo de San Francisco, la cual nos acompañó á un hotel de una familia eminentemente católica.

«Una cosa llamó nuestra atención en Nueva York, y es el modo como son tratados los emigrantes al desembarcar. Los conducen á una isla hecha artificialmente, en la cual hay una gran casa de madera con vastos departamentos, espaciosas salas, grandes dormitorios, cocina, etc., etc.

«Todos los emigrantes son presentados á un tribunal, el cual se informa detenidamente de sus nombres y apellidos, patria, provincia y profesión que ejerce, cuánto dinero han gastado en el viaje y cuánto les resta todavía, si tienen aquí parientes ó amigos, y si están útiles para el trabajo ó no; en este último caso los mandan otra vez á su país. Esto se practica indistintamente con todos, cualquiera sea la nación á que pertenezcan; pero puede decirse que son los pobres italianos los que más trabajo proporcionan á dicho tribunal, pues el noventa por ciento son emigrantes italianos.

«Nosotros, por nuestro carácter de misioneros, nos vimos libres de todas estas formalidades. Después de dos días de permanencia en Nueva York y de haber visitado Chicago, llegamos á San Francisco. En la estación nos esperaba el R. Sr. D. Decaroli, el cual nos condujo en coche á la iglesia italiana, donde desde hace ya cuatro días ejercemos nuestro sagrado ministerio. La iglesia, que nos ha cedido Don Decaroli, es grande, y cuando podamos adornarla un poco, podremos decir que es bellísima: en ella presenciamos el domingo pasado un conmovedor espectáculo que no puedo pasar en silencio. Unos quinientos niños y niñas asistieron á la Misa conventual, y al terminar ésta se distribuyeron en varios grupos para aprender el Catecismo, que les explicaban algunas piadosas señoras y las Hermanas de la Santa Familia, nueva Congregación, cuyo objeto no es otro que la enseñanza de la doctrina cristiana.

«De gran consuelo sería para nosotros, si andando el tiempo pudiéramos aprovechar el terreno que rodea la iglesia para hacer un Oratorio festivo, pues los bienes que éste reportaría son incalculables.

«Para terminar, le diré que la miés que se presenta es grande, pues sólo los italianos emigrados suman más de 15,000, y es necesario trabajar mucho para moralizarlos, toda vez que aquí están tan mal mirados, que los buenos se avergüenzan de llevar este nombre, viniendo á ser el vocablo italiano como padrón de ignominia y sinónimo de inculto, irreligioso y blasfemo.»

—Continúa en los Estados Unidos la fundación de Seminarios para clérigos, y aumenta el número de sacerdotes católicos de una manera considerable. En Rochester, Nueva York, San Pablo y San Francisco de California, los Seminarios son edificios magníficos y abundantemente provistos de toda clase de recursos. En los de Nueva York son habituales los ejercicios, tan devotos como edificantes. Mons. Corrigan proporciona á los que los practican las comodidades que abundan en el país, y dice que todo le parece poco para tratar como se debe á los sacerdotes y á los que se dedican á este sagrado ministerio.

Noticias varias.—Por medio de reciente Constitución apostólica, Su Santidad León XIII ha sancionado la unificación de

todas las ramas de la Orden de Menores, esto es, de los frailes de estricta observancia, de los Reformados, de los Recoletos y de los Alcantarinos, unificación ya aprobada desde largo tiempo por la Congregación correspondiente.

Las cuatro citadas ramas de la Orden Franciscana, se regían ya por la misma Regla diferentemente interpretada, y gobernaban por el mismo general. Ahora la interpretación de la Regla habrá de ser común, como también la administración y el hábito.

Los Capuchinos y los Conventuales, ramas también de la Orden de San Francisco, continúan siendo Ordenes completamente independientes.

—En la capilla de la Sociedad de las Misiones Africanas de Lyon, ha tenido lugar la tierna y edificante ceremonia de despedida de los valientes soldados de Cristo que, sin más armas que su cruz y su breviario, irán á lejanas tierras á predicar el Evangelio. Quince son los misioneros que salieron de Lyon para embarcarse en Marsella con dirección á la costa occidental de Africa; cuatro irán á la costa de Marfil, para crear allí nuevas Misiones; tres á Benín, y dos al Níger.

—El Obispo misionero Mons. Gevaigiry dice que se observa un gran movimiento de aproximación á la Iglesia católica, y aun al rito latino, en todos los países que han sido teatro de las catástrofes de Oriente; que esto se nota en Paneas, en Alkufoir y en Buidat, cundiendo este movimiento por todas partes, dirigido indudablemente por la Divina Providencia.

Al tomar posesión de la Silla de Paneas el Obispo católico, halló sólo 300 que reconocían á la Santa Sede; cuando muera dejará, á lo más, igual número de cismáticos. ¡Alabado sea Dios!

—Según el último censo se cuentan en Maduré (India) 200,000 católicos, y allí se ha fundado un gran Colegio, cuyas aulas son frecuentadas por los mismos brahmanes más orgullosos y ensoberbecidos con su falsa ciencia.

—*L'Univers* registra como un acontecimiento que interesa al progreso de los estudios católicos la reunión del Congreso de Orientalistas, y dice: «Voltaire se reía de la Biblia, y los sabios se rien hoy de Voltaire.» Ya no es la Biblia el único libro que habla de los hebreos; volvemos á encontrarlos en los estudios de egiptólogos y asiriólogos, y se confirman y ratifican por datos de la filología y arqueología las verdades contenidas en las Sagradas Páginas. No terminará el siglo XIX sin haber pasado una esponja sobre las herejías filológicas y arqueológicas de su predecesor en la Historia.

—Según noticias últimamente recibidas, el R. P. Conrady, que ha querido tomar junto á los leprosos la sucesión del inolvidable P. Damián en la colonia de Molokai (islas Hawai, en la Océania), se ha trasladado al Japón á inspeccionar la leprosería ó la malatería de Gotemba, próxima á Yokohama. Pasando luego á Chicago, se ha matriculado en los cursos de medicina del doctor Monnet, proyectando volver á Molokai para aplicar sus conocimientos en el arte de curar á los pobres enfermos.

VARIEDADES

LA MUERTE DEL CRISTIANO

MORIR! tal es el fin de todas las grandezas, de todos los esplendores de la tierra.

Cuanto á nuestro alrededor contemplamos lleva en sí impreso el estigma de la muerte, condigno castigo de la primera prevaricación.

¡Verdad tristísima para unos y altamente consoladora para otros!

Teme la muerte el impío, que ha vivido burlándose de Dios y retándole á diario con sus blasfemias y maldiciones, y teme la muerte porque oye resonar junto á su lecho aquellas palabras del Apóstol: «Terrible cosa es caer en manos del Dios vivo.»

Teme á la muerte el rico y el poderoso que sólo han cuidado de comer en pesebre de oro su abundante ración, sin levantar jamás los ojos al cielo; y la temen porque otra voz amenazadora ha resonado en sus oídos y les ha dicho: «Imbéciles, ¿de qué os sirven vuestros tesoros, si pronto perderéis la vida?»

Do quiera se crea el hombre más seguro, allí le aguarda la muerte pronta á segar su existencia.

Entre los brazos del crimen, en la asfixiadora atmósfera de una sala de baile ó entre los goces de la mesa del festín, allí está acechando la presa, presta á lanzarse sobre la víctima de antemano elegida.

Y el impío y el sensual y el pecador, tiemblan cuando por sus frentes sienten circular el frío hálito de la gran robadora de esperanzas.

Para éstos, es la muerte el esqueleto repugnante y asqueroso que en una mano sostiene el terrible reloj de arena y en la otra empuña la fatal guadaña; así la conciben solo sus espíritus conturbados, y sus almas llenas de terror y espanto, únicamente ven allí la podredumbre del sepulcro y la guadaña de la ira divina enarbolada sobre el ánima pecadora.

No así el justo.

Quizá tema el perecer; ¿qué mucho que el hombre más santo tiemble, si el Hijo de Dios sudó gotas de sangre al acordarse que iba á morir?

Pero aquellas congojas y aquellos temores, son el obligado tributo á nuestra naturaleza, y tras de las angustias y sobresaltos irradia esplendorosa la consoladora esperanza de la vida futura y del paraíso celestial.

Cuando el cristiano cae en su lecho de muerte, de donde ya no saldrá sino encerrado en su ataúd, siéntase á la cabecera de su cama la Religión, esa madre universal que tiene bálsamos para todas las heridas, lenitivo para todos los dolores, consuelo para toda aflicción y desaliento.

Como madre cariñosa, empieza por sanear la atmósfera que rodea el enfermo, y aquella revuelta cama que antes era potro de dolor donde el paciente se retorció entre las angustias del sufrimiento, conviértela ella en hermoso altar, donde al Dios de las justicias se le ofrece la víctima dispuesta al sacrificio.

Y alienta el enfermo cuando la Religión le dice que, á semejanza de edificio cuarteado por violento terremoto, así el hombre quedó después del pecado del Paraíso; y que al modo como al edificio cuarteado es preciso derribarlo para mayor seguridad, y vuelto después á levantar de nuevo, así Dios destruirá con la muerte este edificio de agrietadas paredes, que es nuestra humana naturaleza, para luego levantarlo de nuevo y restaurarlo en Cristo el día de la resurrección final.

¿Qué temor puede ya quedarle al cristiano, cuando sabe que la muerte es puerta que nos franquea el paso á la celestial Jerusalén, límite del destierro de esta vida y término de sus dolores, y ángel de hermoso rostro y resplandecientes vestiduras, que viene no á segar existencias con la afilada hoz del terrible esqueleto, sino á trasplantar flores nacidas en este valle emponzoñado, á que exhalen su perfume en los vergeles de la gloria?

Un día de eterna recordación en los fastos de la humanidad, la muerte, castigo del pecado, subió á la ci-

ma del Calvario á hacer presa en un Hombre santísimo que, clavado sobre una cruz, iba presto á exhalar el postrer suspiro.

Un poeta pintó á la muerte en ese instante como el águila, trazando grandes círculos al rededor de la cruz, esperando apoderarse de la humanidad sacratísima de Cristo.

Súbito, un grito omnipotente que resonó en los cielos y conmovió la tierra, hizo temblar el monte santo. *Consummatum est!* dijo la Víctima sagrada, y la muerte al querer lanzarse sobre aquel cuerpo adorable, vióse con sorpresa impotente, sujeta, clavada y muerta en la cruz donde el Hombre-Dios había exhalado su postrer suspiro. «¡Oh muerte, Yo seré tu muerte!» pudo entonces exclamar el divino Mártir.

Desde entonces no es ya la muerte aquel cruel aspecto que acechaba á los hombres; es el mágico numen que al abrirnos la puerta de la prisión nos deja volar al deseado centro de nuestras ansias y deseos.

¿Qué temor puede ya darle al cristiano entrar en aquella tumba, sobre la cual abre amorosa sus brazos la cruz, si sabe que los senos del sepulcro fueron purificados con el contacto del inmaculado cuerpo del Hijo de María?

¿Cómo temblar en presencia del último momento, si la Religión que, sentada á su lado, consuela sus postremos instantes, le dice que la muerte es el beso de Dios á sus criaturas? A medida que se acerca el momento temido, redobra la Iglesia sus consuelos y prodiga sus reflexiones al enfermo.

Después de limpiar su alma con el sacramento de la Penitencia, prepárale para el gran banquete, quizá el último á que en esta vida ha de sentarse.

Entre dos filas de alumbrantes que llenan todas las estancias anteriores á la habitación del enfermo, cruza el sacerdote llevando en sus manos al Dios vencedor de la muerte y autor de la vida, al Amante del alma que viene á visitar la de su siervo, y á regocijarla con su presencia anticipándole los futuros eternos goces.

¡Sublime ceremonia aquella!

Un enfermo que agoniza, un Dios oculto bajo las candidas especies de la Eucaristía, que viene á decir al hijo que le va á recibir: «Ya estoy aquí, y pronto no nos separaremos más.»

¿Puede darse nada tan sublime en su sencillez, tan hermoso en su forma?

Accipe, frater, le dice el sacerdote: «Recibe, hermano, el Viático para la vida eterna.»

Viaticum, ¡qué palabra! el substento para el camino, el guía que por él te ha de conducir, el Dios que te ha de glorificar.

Y cuando las luces se extinguen y el sacerdote se lleva el sagrado Copón, parece aun oírse la voz del Dios de la Eucaristía que le dice al enfermo con voz dulce y llena de alientos y esperanzas: «Hasta luego, hijo mío, hasta luego, y no temas.»

No para aquí la sublime misión de la Iglesia, sino que después de haber dado el Viático al enfermo, previendo cercano el combate, le unge con óleo de fortaleza para hacerlo inexpugnable á los furiosos ataques del enemigo, é incorruptible á sus enseñanzas y últimos razonamientos.

Pronto arde junto al lecho de agonía la luz de una vela que quizá no se medie sin alumbrar un tronco sin alma.

Entonces, entonces sí que es tierna, majestuosa la Iglesia católica en sus oraciones y súplicas.

Confieso francamente que jamás me ha subyugado tanto la figura del sacerdote católico, como sentado á la cabecera del agonizante.

Proficiscere: «Sal, alma cristiana, de este mundo.» ¡Qué frase más majestuosa y más dulce!

Proficiscere: parece que en aquel momento el sacerdote tiene poder sobre la muerte, y en nombre de la augustísima Trinidad mándala desatar las ligaduras de carne del alma.

Después empieza aquel tiernísimo arrullo de la Iglesia al oído del hijo que se muere, hablándole del espléndido escuadrón de los Angeles, del senado de los Apóstoles, del cándido y triunfador ejército de los Mártires, de la rutilante turba de Confesores y del florido coro de las Vírgenes.

Háblale, allí, al oído, de aquella Sión celestial, de aquel numeroso aprisco regido por un solo pastor, y clama á la Trinidad sacrosanta para que perdone al que, si bien pecó, sin embargo no negó al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo, sino que adoró al Dios criador de todas las cosas.

La Iglesia, que en vida ha sido el juez inflexible que ninguna culpa ha dejado sin clamar contra ella, parece entonces la madre que excusa al hijo desgraciado ante el padre, y si bien confiesa sus fragilidades, hácele en cambio mención de sus merecimientos.

¡Ah, mirad! arrullado con las hermosas oraciones de la Iglesia, como el niño que se duerme en el regazo de su madre, mecido con auras de esperanza divina, el alma del cristiano ha dejado el cuerpo y se ha remontado á presentarse ante el tribunal del Supremo Juez.

Entre el llanto de la viuda, los clamores de los hijos y las tristísimas despedidas de los parientes, se escucha sonora, majestuosa la voz del sacerdote que, bendiciendo el cadáver del cristiano, dice: *Requiem æternam dona ei, Domine*: «Dale, Señor, el descanso eterno, y luzca para él la luz perpetua de tus inextinguibles claridades...»

¿Creéis que ha terminado allí la misión de la Iglesia católica?

No, aún le resta que hacer más, que ella es madre amorosísima, y por algo dice la Escritura que el amor es más fuerte que la muerte.

Aquel cadáver inerte y sin vida, aquel cuerpo muerto, objeto general de repulsión y asco, lo coloca la Iglesia ante el altar, y á su alrededor flamean los cirios que alumbran y dan luz á aquellos despojos queridos.

Porque la Iglesia no ve allí un trozo de materia pronta á entrar en descomposición, sino que contempla en aquel ataúd un cuerpo que fué tabernáculo vivo donde moró el Espíritu Santo, el santuario donde tantas veces reposó la majestad del Dios de la Eucaristía.

Así es que bendice aquel cadáver, lo incienso con los mismos perfumes con que incienso á la Divinidad, y sube luego al altar á ofrecer por el descanso del alma el incruento y terrible sacrificio.

Bendice luego y mulle con sus manos la tierra donde ha de descansar, y en ella con amorosa solicitud coloca al inanimado cuerpo que allí esperará la resurrección del último día.

Y cuando deudos y parientes y amigos se han olvidado ya del ser querido, la Iglesia recuerda diariamente á sus hijos en el santo Sacrificio, y celebra por ellos una fiesta solemnísimá, en que por especial privilegio, tres veces sube al altar el sacerdote á ofrecer al Eterno la Víctima sagrada en sufragio de los que en el ósculo del Señor duermen el sueño de la paz.

Bien puede la Iglesia grabar sobre las tumbas de sus hijos este consolador epitafio:

Aquí yacen los despojos de un cristiano.
El alma subi6se á reinar con Cristo.
El cuerpo resucitará para gozar eternamente.
¿D6nde está, pues, ¡oh muerte! tu victoria?—*M. R.*

LOS CRUZADOS EN DORILEA

La llanura de Dorilea, en el Asia Menor, es célebre en los fastos de las Cruzadas por la brillante aunque costosa victoria que los cristianos capitaneados por Godofredo de Bouillón consiguieron sobre las huestas del sultán Kilidj-Arslan, envalentonados por su número y por algunas victorias parciales.

Los mahometanos perdieron veinte mil hombres y un botín considerable, y sólo á favor de la noche pudieron los restantes librarse con la fuga.

Al día siguiente de la batalla, los cruzados tuvieron que cumplir con un penoso deber: el de dar sepultura á los cadáveres de sus compañeros, que sucumbieron en número de cuatro mil. Las piadosas ceremonias de la Iglesia se cumplieron en medio de los cantos de los sacerdotes y de las lágrimas de las viudas y huérfanos de las generosas víctimas.

Tal es el argumento del grabado de la página 493, debido al lápiz del célebre artista Gustavo Doré.

EL REINO DE SIAM

El reino de Siam, uno de los más ricos del extremo Oriente, está cercado al Norte por muchos principados *Lao*, tributarios de *Ava*, ó de la China, al Este por el imperio de Anam, al Oeste por el mar y por las posesiones inglesas de la península Malasia, y al Sur por los reinos de Pahang y Perah. Estos son límites puramente políticos, que difieren mucho de los verdaderos límites etnográficos de los siameses.

En Siam hace siempre mucho calor y no hay más que dos estaciones: la de la lluvia y la de la sequía.

La población se compone de 5.900.000 habitantes, y la religión del Estado es el Budhismo.

La capital, Bangkok, la «ciudad de los ángeles, hermosa é inexpugnable,» como la llaman los siameses, es una ciudad moderna y que alberga 400.000 habitantes.

El Gobierno es esencialmente absoluto y se ejerce por el rey, quien da sus órdenes á los ministros encargados de los negocios ó asuntos extranjeros, de los del interior, de la guerra y de la marina, que forman el Consejo real.

Hay también una especie de Senado, compuesto de

una veintena de grandes de la capital, llamados *senabodi*.

Con más autoridad que los ministros ordinarios hay un primer ministro ó *kalahon*, que es quien directamente se entiende con los gobernadores y mandarines, ejerciendo la autoridad en todo el reino.

Los magnates y jefes y oficiales del ejército visten á la europea, y el Rey muestra gran empeño en que sus súbditos acepten las conquistas del progreso.

En pie de guerra, el ejército siamés, que mandan oficiales ingleses y alemanes, llega á 20.000 hombres, armados con fusiles Maüser y Mammlicher. En pie de paz, apenas son 3.000 los soldados.

El presupuesto de ingresos es de 20.000.000 de francos, y el Rey los administra por sí y ante sí, entrando en las arcas reales el producto de las contribuciones del reino de Siam propiamente dicho, y el del canon que los principales semisometidos pagan anualmente.

La marina siamesa se compone de catorce buques de vapor con 5.815 toneladas y 51 cañones. Lo mejor de esta pequeña flota es una corbeta de hélice de 1.000 toneladas, con 8 cañones y un *sloop* de hélice también de 1.100 toneladas.

Al reino de Siam le llaman algunos historiadores «el país del elefante blanco.»

Los siameses, de religión budhista, adoran á los animales de piel blanca, y especialmente al elefante.

Uno de éstos, el más corpulento y hermoso de los que figuran en el ejército del Rey, es elegido casi por sufragio universal y conducido á una riquísima pagoda, donde permanece, mientras vive, rodeado de las mayores atenciones.

Se le da de comer caña de azúcar y frutos exquisitos. Se ajusta sobre su cabeza una diadema de piedras preciosas. Diariamente se le baña en agua perfumada, y le sirven y agasajan varias docenas de esclavos á las órdenes de un funcionario palatino, no menos honrado con estas funciones que puede estarlo con las suyas el primer chambelán del Rey.

Cuando el elefante blanco sale de paseo, las gentes se prosternan apenas le divisan, ofréncenle frutos delicados y pastillas de azúcar. No se le conduce á este ó al otro lugar, sino que va por donde quiere, consitiendo toda la habilidad de su *hornac* en acostumbrarle á los buenos usos, á fin de que el respeto que inspira no se convierta en molestia para el vecindario.

Cuando muere el elefante blanco, se le dedican exequias reales. Durante varios días se realizan públicos actos de duelo, y apenas ha sido quemado el cadáver en pira de maderas olorosas, se le elige un sucesor entre los congéneres que ocupan los inmensos establos del Rey.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Bernabé Chaves, de Bienvenida.	15 ptas.
José Cendrós, de Vallarques.	5 »
J. S., de Barcelona.	2 »

(Se continuará).

TIPOGRAFIA CATOLICA, Pino, 5, Barcelona